This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

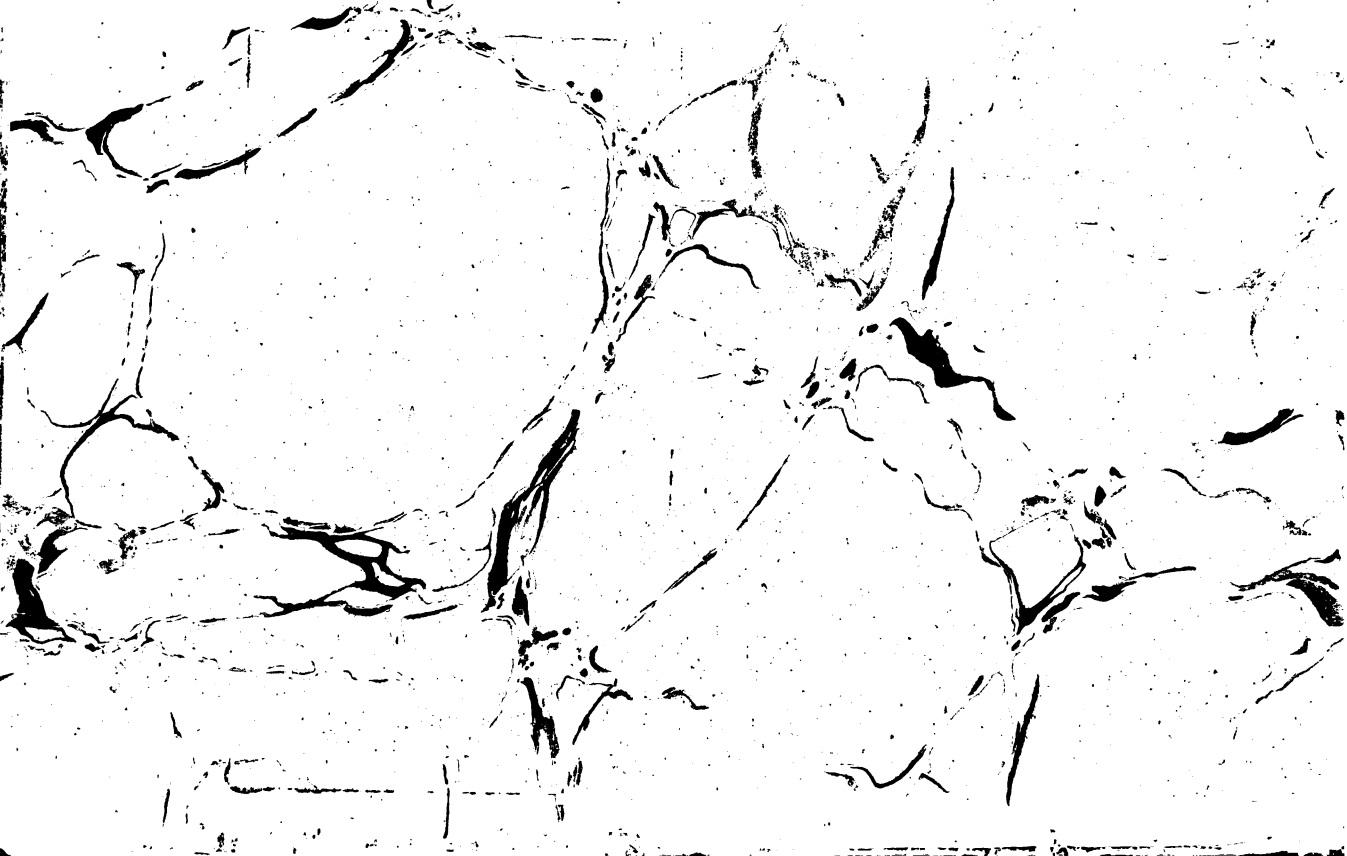
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 315 901

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
Class 789
Z89



ÚLTIMOS VERSOS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA

INÉDITOS Y NO COLECCIONADOS

PRECEDIDOS DE UNA ADVERTENCIA DEL EDITOR

MADRID
BIBLIOTECA NUEVA DE AUTORES ESPAÑOLES
M. PÉREZ VILLAVICENCIO, EDITOR
FUENCARRAL, 94 DUP.DO
1908

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 5191

ÚLTIMOS VERSOS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA

ÚLTIMOS VERSOS

DE

DON JOSÉ ZORRILLA

INÉDITOS Y NO COLECCIONADOS

PRECEDIDOS DE UNA ADVERTENCIA DEL EDITOR

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

MADRID
BIBLIOTECA NUEVA DE AUTORES ESPAÑOLES
M. PÉREZ VILLAVICENCIO, EDITOR
FUENCARRAL, 94 DUPO.
1908

ES PROPIEDAD DE M. PÉREZ VILLAVICENCIO, EDITOR

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

Imprenta de Jaime Ratés, plaza de San Javier, 6, Madrid.

ADVERTENCIA DEL EDITOR

199309

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA

Son éstos, como en la portada se anuncia, los últimos versos de D. José Zorrilla, el gran poeta romántico, que fué un día el bardo de la raza, el poeta nacional, cuya gloria, al paso de los años, lejos de amenguarse, es contrastada y mantenida en su esplendorosa cumbre por las nuevas generaciones.

No es nuestro objeto hacer el elogio del poeta. Zorrilla es todavía popular: su obra inspirada, indiscutiblemente genial, es por todos conocida. Las actuales orientaciones de la lírica—muy respetadas por nosotros—no han hecho olvidar al cantor que con el Duque de Rivas y Espronceda formó una gloriosa trinidad en la poesía romántica española. Por eso creemos que este á modo de libro póstumo del autor de *Granada* será recibido con unción por el público amante

de nuestras glorias. Hemos de advertir que no es éste un libro absolutamente inédito. Como también en la portada se expresa, se compone de versos inéditos y de versos no coleccionados. Está distribuído en tres partes:

I.—INTRODUCCIÓN. (Inédita y sin fecha.)

II.—Á VALLADOLID. (Tres composiciones. Inéditas las dos primeras, sin fecha la segunda y publicada en *El Liberal* de 14 de Enero de 1892 la tercera.)

III.—CIUDADES. (Publicadas en su mayor parte en *El Liberal* en diversos números del año 1892.)

De todas suertes, éste es el último libro del poeta, ramillete de diversas flores, todas de singular hermosura, ya que no conjunto de estrofas que armonicen en una misma idea. Este libro tiene la armonía del alma, el ritmo espiritual y acústico del poeta, y por ser tan complejo es tal vez el más armónico de sus libros. De todos modos, piense acerca de esto con independencia el lector. Nosotros nos hemos encontrado con diversos manuscritos y con poesías recortadas de un periódico, todo sin orden, formando un rollo de papeles amarillentos, olorosos á vejez. Las poesías manuscritas son de diversas le-

tras: algunos versos figuran con los rasgos firmes del poeta; hay enmiendas minuciosas del mismo, y en más de un verso vense espacios en blanco que esperaban la palabra definitiva, no hallada por el poeta en el fuego de la primera inspiración.

Sentíamos un devoto respeto hacia el legajo lleno de arte y de recuerdos que, tal vez, de no ir guiados por la sana intención de hacerlo público en forma adecuada, profanábamos, y nos decíamos que hablaba en él la voz última del lírico maravilloso... Es sabido que D. José Zorrilla murió en 23 de Enero de 1893 y hay, entre los papeles que como sacra reliquia conservamos, un recibo, autógrafo en todo su texto, firmado por el poeta en 12 de Enero del mismo año, doce días antes de su muerte, á favor de la persona que nos ha transmitido recientemente la propiedad que sobre las presentes composiciones le concedió en aquella fecha el inmortal creador de *Don Juan Tenorio*. Pero tal vez esto sea mezclar lo divino con lo humano.

Réstanos justificar, en lo posible, el plan que hemos impuesto á este libro. Por razón natural va en primer término la *Introducción*, inédita,

que sin duda destinaba el poeta al libro en cuya preparación le sorprendió la muerte. La *Introducción* puede calificarse de testamento poético de Zorrilla. No somos críticos y, por esto, no nos atrevemos á manifestar cuánto de elevada emoción nos producen estas estrofas, en las que un genio se despide del mundo. Diremos, sí, que nada tan íntimo ni tan sincero ha brotado de la lira del poeta.

La segunda parte del volumen fórmanla tres de las varias composiciones que el autor de las *Leyendas* dedicó á Valladolid, su ciudad natal, en las que vibra el dulce sentimiento de la patria familiar, y en la tercera se reunen, á excepción de la dedicada á Valladolid, las poesías que con el nombre de *Ciudades* comenzó á publicar en *El Liberal* en el año de 1892. Pensaba el poeta cantar á todas las ciudades de España: la muerte no le consintió llevar á cabo tan bello y patriótico designio. Hoy ofrecemos nosotros al público la obra incompleta, cuya belleza es tan grande, que deslumbra el pensar lo que hubiese sido aquel libro de las *Ciudades*, que fué la última ilusión del mágico cantor de la Alhambra.

Y, para concluir, creemos que se debía á Zo-

rrilla el leve homenaje de completar sus obras, y creemos, con toda modestia, patriótico este homenaje: se trata del más grande de nuestros poetas líricos, del poeta de la raza... En *Granada*, en los *Recuerdos de Toledo*, en las *Leyendas*, en las *Tradiciones*, en *La canción del romero*, en todo su teatro y en estas *Ciudades*, que hoy se publican, vibra el alma española al través del alma de su genial cantor. El entusiasmo y el amor frenético por la tierra patria que corre caluroso por estas estrofas, ¿no debieran infiltrarse de nuevo en nuestra sangre y en nuestro espíritu?

Perdónese que, por momentos, haya el editor traspasado los límites de una advertencia. Y si se piensa que nuestras funciones mercantiles—lo que, particularmente, no creemos—nos impiden juzgar la obra artística, y que somos poco para anteponer nuestra prosa desmañada á las estrofas inmortales del poeta, recuérdese, tan sólo, que los heraldos anuncian el paso de los reyes.

M. P. V.

I

INTRODUCCIÓN

Ya voy, tal vez en horas, á abandonar la tierra;
pasado he sesenta años con el trabajo en guerra,
y siento que el trabajo más fuerte es ya que yo:
aún arde y en mi alma la inspiración se encierra;
aún á mi ser mi espíritu con fe tenaz se aferra;
luchar aún mi alma puede, pero mi cuerpo no.
Los años, no el trabajo ni el vicio, le han gastado;
aún el dolor soporta con brío ó con desdén;
jamás en mí al espíritu la carne ha dominado;
yo siempre por la tierra derecho he caminado
del raudo torbellino social entre el vaivén.
Mas el pesar recóndito, la soledad del alma,
mi extrañamiento injusto de mi paterno hogar,
la falta de cariño, que los pesares calma,
la sombra de la parra, que da más que la palma,
la gloria sin la casa, la vida del azar,
Eso es lo que me falta y eso es lo que me sobra;

eso es lo que mi cuerpo debilitó por fin,
y eso es lo que me mata: la duda, la zozobra
de haber perdido el tiempo, que nunca se recobra,
en un afán estéril y en un trabajo ruin.

Sin hijos, sin hermanos, sin tierra, sin familia...
¿qué soy?—Un paria, un hongo sin hoja y sin raíz;
un ser, entre los suyos, á quien ninguno afilia,
de quien se amparan muchos y á quien ninguno auxilia,
que, haciendo á mil felices, no fué jamás feliz.

Un incansable ingenio que mina fué y tesoro
que, enriqueciendo á muchos, él solo no explotó;
un millonario imbécil sin un adarme de oro,
á quien los que explotaron desdeñan sin decoro,
porque explotar por ellos hidalgo se dejó.

Un átomo sonoro y en la aura vagabundo,
un son vibrante y claro de un ritmo musical,
un loco que ha vagado cantando por el mundo,
un hombre ayer famoso por su poder fecundo
de hacer un ritmo armónico del eco más banal.

Un sol de talco, un astro de azófar desbruñido
que siempre giró á obscuras desparramando luz;
tal vez, consuelo y guía del triste y del perdido,
un redentor apócrifo, que á nadie ha redimido
trepando á su calvario cargado con su cruz.

Se ha dicho...¿á quién le importa lo que de mí se ha dicho?

¿Ni quién lo cierto sabe? Yo mismo no lo sé:
algo hay que con mis restos se enterrará en mi nicho,
y el mundo cree mil veces lo que urde su capricho;
mil veces es mentira lo mismo que se ve.

La sociedad, el mundo, esto es, la raza humana,
compacta, en globo, en masa, no es más que multitud:
la multitud es siempre ó estúpida ó insana;
la gente siempre es vulgo, la noble y la villana,
cuando á juzgar se mete la gloria y la virtud.

El vulgo cree tan sólo lo absurdo que él concibe,
y solamente crédito á sus absurdos da:
según él se los forja, sus ídolos recibe
no más: y le sucede lo que al que en la agua escribe:
según lo va escribiendo, borrando se le va.

No hay hombre que en sí mismo no lleve algo que ignora;
no hay sabio que no ignore lo que saber más cree;
nadie hay que algo no aprenda y olvide cada hora,
ni quien del alma ajena, por ansia escrutadora,
no crea y no se engañe que la verdad posee.

Mas yo... ¿qué en mi calvario no he visto y no he oído,
mientras por él subiendo la vida atravesé?
¡Ay! ¿Cuánta prez y gloria no se han desvanecido?
¿Cuánto, vital, no ha muerto mientras que yo he vivido?
¿Qué es hoy lo que en pie queda por donde yo pasé?
Se ha barajado el mapa, lo secular se ha hundido,

los reyes se han fugado... y á todo se ha atrevido
el siglo, sobre todo poniendo audaz el pie!
Detente unos momentos ¡oh loca fantasía!
el paso de los siglos á contemplar aquí:
dilucidemos algo más serio ¡oh alma mía!
que los delirios bellos de vaga poesía
en que mis largos años desperdicié tras ti.

Dios dió al crearle al hombre la idea y la palabra;
cuajada de elementos la creación le dió:
«Cuanto hay en ella—díjole—estudia, explota y labra:
Adán, la tierra es tuya; que sus arcanos abra
tu inteligencia: vive y sé cual te hice yo.
»Serás, según el uso ó abuso que en ella hagas,
inteligente espíritu ó estúpido animal:
tú lábrate tu vida, mas crea y no deshagas;
del bien te doy los gérmenes del mal entre las plagas;
libre albedrío tienes, extrae el bien ó el mal.»
La raza humana pronto se fué multiplicando,
y á ser llegó, extendiéndose, confusa multitud:
después, partida en castas, se fué desparramando,
las unas comprendiendo, las otras olvidando
de su celeste origen la prez y excelsitud.

Las unas fabricaron espléndidas ciudades
á margen de los ríos y á orillas de la mar,
tras sí dejando huellas, blasón de sus edades;
las otras se esparcieron por vastas soledades,
viviendo abyectas, nómadas, ignaras y al azar.

Las unas, aplicando su noble inteligencia
á dirigir su espíritu del Criador en pos,
con grandes creaciones sellaron su existencia;
las otras, olvidadas de su celeste esencia,
su raza deshonraron avergonzando á Dios.

La humanidad es bestia: los hombres nacen brutos
á quienes doman luego la ley y educación:
el páramo salvaje no da ni mies ni frutos;
los pueblos no educados no tienen atributos,
derechos, ni virtudes, ni nombre de nación.

Los siglos la derrota de su época regulan
según los elementos que á andar les estimulan,
los unos lentamente y en laboriosa paz,
los otros con vaivenes que fuerzas acumulan
su espíritu, su idea, lo que les presta faz.

El nuestro, en el misterio de sus revueltos años,
entre cien mil delirios y amargos desengaños,
entre sus mil utopias y descarríos mil,
sembró sobre la tierra, tan nuevos como extraños,
principios, fuerzas, gérmenes y luz, que, en vez de daños,

bienes del mundo extrajo de su materia vil.
Él hizo á centenares novísimos inventos,
locuras que resultan de utilidad portentos,
de ciencia maravillas, prodigios de poder;
y aplicaciones nuevas de viejos elementos,
han sometido al hombre los mares y los vientos,
y á todo nuevos rumbos han dado y nuevo ser.
El nuestro trae consigo cien genios portentosos,
campeones de la idea y arcángeles de luz,
que de la tierra exploran los senos misteriosos
y de su seno extraen motores poderosos
que á sus misterios quitan su secular capuz.
El nuestro trae con Edisson la chispa luminosa
que va de las centurias la voz á atesorar,
guardando en los fonógrafos la onda sonorosa,
que á voluntad repite con precisión pasmosa
lo que los ya pasados dijeron al pasar:
irrefutable prueba palpable y milagrosa
de que es la inteligencia la luz maravillosa
con que á los siglos nuevos va el nuestro á iluminar.
Él, tras de lento y arduo, mas pertinaz trabajo,
juntó el carbón y el agua que de la tierra extrajo;
y encalderando aquélla y encandesciendo aquél,
rompiendo la onda el buque y el tren salvando el tajo,
borró distancia y tiempo, lo lejos cerca trajo,

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y se llevó á los pueblos tras de la luz con él.
Y con su luz los pueblos alumbra y civiliza;
y las ideas dándoles de su progreso actual,
les da la vida nueva, la ley populariza,
de su cerril instinto la asperidad suaviza,
y postra el ser del bruto bajo del ser moral.
La luz, que incierta y trémula surgía ayer muy lejos,
cual chispa fugitiva, sin fuerza y sin reflejos,
la chispa era del rayo: cogióla el siglo al fin,
la puso en un alambre, palabra dió á su vida,
y hoy á través del globo, del rayo desprendida,
va á hablar con los antípodas en su último confín.
Tal es el siglo nuestro: tal es del diez y nueve
la marcha, el ser, la fuerza, la vida singular;
y hasta los astros fijos á tantear se atreve;
y todo lo corrige, lo cambia y lo remueve,
robando sus misterios á cielo, tierra y mar.
Su evolución es ruda, difícil, trabajosa;
mas radical, profunda, constante, pertinaz:
lo viejo ataca y roe como polilla añosa
y acaso de las viejas en pie no deje cosa,
según es de lo viejo derrumbador tenaz.
El siglo trae consigo desórdenes ignotos,
fenómenos de climas y tiempos muy remotos:
se ve cuánto le cuesta su actual evolución,

y las montañas tumba con triples terremotos,
los cráteres vacía de los volcanes rotos,
y en la aura arremolina ciclón tras de ciclón.
Pero á la par que arruina, que borra y que destruye
como bisonte ciego que arranca de testuz,
inventa, crea, funda, y espléndido construye
y el rayo en sol convierte, y al hombre restituye
su dignidad, y á su alma y á su mansión da luz.
Él trajo entre tormentas de incendios y de estragos
entre otros cien, al uno y al otro Napoleón,
que hicieron en Europa de sangre humana lagos;
mas trajo, de aire y cielo por los espacios vagos
á desgarrar los velos, á Secchi y Flammarión.
El siglo trae consigo fenómenos sociales
que escudriñar rehusa la ciega humanidad;
derechos para todos no quieren nunca iguales
los que en los pueblos gozan derechos personales
por leyes y costumbres y vicios de otra edad.
La tierra rueda empero y el tiempo no se para,
y el siglo avanza siempre, de todos á pesar:
lo sólido se rompe, lo unido se separa;
y aunque lo trague todo por fin la muerte avara,
las sociedades siguen su rumbo secular.
En vano los que díscolos de todo controversan,
cuestiones enmarañan, principios tergiversan,

y leyes interpretan en pro de su ambición,
en su provecho todo lo juntan ó dispersan,
los pueblos perturbando sin fe y sin convicción.
En vano, como el buho metido entre las tejas,
la multitud que guarda supersticiones viejas
que ver ni que se vean no quiere á nueva luz,
los ojos avizora y aguza las orejas
y augura grandes males y exhala grandes quejas,
hipócrita amparándose de la cristiana Cruz.
De nuestro siglo activo la acción no desvirtúa
lo que á la tierra vino del Redentor en pos:
su evolución el siglo cumpliendo continúa,
y ante el poder del siglo ni oscila ni fluctúa
lo que brotó en la tierra por el poder de Dios.
En vano en fieras luchas se empeñan hoy naciones
que, más que arrebatarse de tierra algún jirón,
borrar del mundo anhelan su gloria y sus blasones,
por odios insensatos de raza y tradiciones,
con rabias de serpientes y sañas de león.
En vano de este siglo los grandes elementos
titánicos inventos y luz intelectual
con fiero afán aplican á enormes armamentos,
de destrucción á máquinas y á horribles instrumentos
de universales talas de guerra universal.
En vano de la guerra los héroes feroces

de fama, sangre y oro con sed y afán rapaz,
titularán hazañas á crímenes atroces:
que cuando más desoigan de la razón las voces,
la inteligencia, su ímpetu de dominar capaz,
recordará á los pueblos de la alma paz los goces,
y un día á los fusiles destrozarán las hoces,
y cuando no haya ejércitos se endiosará á la paz.
En vano los hipócritas y los soberbios juntos,
de Krupp tras los cañones planteando sus asuntos
ó alzando por pantalla de su ambición la Cruz,
entenebrar la tierra querrán por muchos puntos;
podrá la luz del siglo de muerte dar barruntos,
podrá surgir un caos... más volverá la luz.

¿Soy yo hombre de este siglo? Ya yo su fin no alcanzo,
y lo que en él no he sido no lo podré ya ser:
mi siglo ante mí corre, y aunque tras él me lanzo,
él corre con el rayo y yo á traspiés avanzo,
y á cuestas con mis años no puedo ya correr.
Mas me pregunto á solas: ¿Se va la poesía
con este siglo nuestro, si el de las ciencias es?
¿La ciencía debe á fuerza matar la fantasía,

y todo bajo el cálculo se va á amoldar un día,
y á dar va con las Musas el siglo de través?
¿El siglo poesía no tiene por ventura
por ser el del progreso, las ciencias y la luz?
¿Las ciencias, el progreso, la gloria, la cultura
no tienen fe, esperanza, ni Dios, ni edad futura?
¿No es luz la fe? ¿Es antípoda la ciencia con la Cruz?
¡Blasfemia! ¿Irá la ciencia sin fe y sin esperanza
en pro de la materia de la verdad en pos?
Dios es la verdad suma, el fiel de la balanza,
nivel del universo: si hacia otra el siglo avanza,
¿tras qué verdad va el siglo si la de Dios no alcanza?
¡Yo nunca he comprendido la negación de Dios!
Dios es quien día á día los siglos encadena,
quien trae á lo futuro detrás de lo que fué,
quien de vivientes átomos el universo llena;
Dios es no más quien juzga, quien salva y quien condena,
porque es quien lee en las almas y las conciencias ve.
¿No hay quién del siglo evoque la poesía muerta,
Y hay luz sin poesía en el que yo viví?
¿Quién tal problema aclara? ¿Quién tal enigma acierta?
Yo ya me voy del mundo, mi tumba está ya abierta:
si ya no hay poesía, ¿qué va á quedar de mí?
Ferrari, Núñez Arce, Shaw, Campoamor, Velarde,
Echegaray, Zapata y Cano, en quienes arde

la inspiración y el estro y á quienes dejo en pos,
¿habremos á la tierra venido todos tarde?
Sin fe y sin poesía, ¿qué luz es la que arde
en nuestro siglo?—Halladla: cantad la luz... ¡y... adiós!

II

Á VALLADOLID

NADIE ES PROFETA EN SU PATRIA

LECTURA HECHA POR EL AUTOR EN EL TEATRO QUE LLEVA SU NOMBRE, EN LA NOCHE DE SU INAUGURACIÓN, 31 DE OCTUBRE DE 1884.

«Nadie es profeta en su patria»,
fué proverbio popular
hasta hoy, que Valladolid
va á desmentir el refrán.
Hoy, por gloria ó por castigo...
(Eso lo averiguará,
cuando nuestra vida y obras
juzgue, la posteridad.)
á Valladolid á un tiempo
Dios cuatro poetas da,
cual profetas escuchados
hoy por su país natal.

Éste es el hecho, y yo el hecho
quiero sólo consignar,
con las vueltas que este mundo
con el tiempo dando va.
Platón quiso á los poetas
de su república echar,
y hoy glorifica á los suyos
nuestra histórica ciudad:
ó el gran griego estaba loco,
ó Valladolid lo está,
cuando ésta juzga ventura
lo que aquél calamidad.
El tener muchos poetas,
¿es buena ó mala señal?
¿Somos aves que auguramos
progreso y prosperidad,
ó pájaros que venimos
delante del vendaval?
Las naciones con nosotros
¿qué hacen? ¿Surgen ó se van?
¿La poesía es el himno
de la gloria nacional,
ó de los pueblos que se hunden
el rótulo tumular?
Yo no lo sé: hoy somos cuatro

puestos sobre un pedestal,
á quienes su pueblo adora
de sus héroes á la par:
Núñez de Arce, que sus versos
graba en bronce y pedernal;
Ferrari, que lleva en su alma
todo el cráter de un volcán;
Cano, que tiene por pluma
un escalpelo social,
y yo, á quien han dado fama
un Don Pedro y un Don Juan.
No sé si somos profetas
de duelo ó felicidad;
mas parece que traemos
á nuestro pueblo el maná;
porque en ninguno moderno
ni en los de la antigüedad
se dió en vida á los poetas
gloria á nuestra gloria igual,
tan espontánea, sincera,
unánime, popular,
instintiva, sin protesta,
con asenso universal;
cuando á la ciudad venimos
nos sale el pueblo á esperar,

con antorchas alumbrándonos
en cabalgata triunfal.
Con nosotros viene siempre
la alegría, el bien, la paz,
las fiestas, las serenatas,
la luz, las flores; detrás,
detrás de nosotros queda
la fe, el amor, la amistad
y el consuelo; en los oídos
queda el eco musical
de los versos y el estruendo
del aplauso pertinaz
y prolongado; en los ojos
la vívida claridad
del salón y el coliseo,
de los cohetes y del gas;
con la cual sobre la alfombra
del baile vieron pasar,
cual banda de colibríes
ante el sol matutinal,
cual lluvia de estrellas áureas
bajo la atracción polar,
como huríes fugitivas
del Edén, en espiral
vertiginosa, embriagante,

de mujeres un millar;
queda detrás de nosotros,
más pura, más virginal,
la idea, la poesía,
del espíritu manjar,
que alimenta en el del pueblo
el cariño fraternal
que nos tiene y queda un rastro
de ese perfume vital,
con que el hálito del pueblo,
con los vivas que nos da,
en el aire que aspiramos
nos da la inmortalidad.
«Nadie es profeta en su patria»
no es ya proverbio; de hoy más
Valladolid echa de éste
por tierra la autoridad.
Ya no hay profetas: quedaron
los vates en su lugar;
y Valladolid, cristiana,
no pudiendo en nuestra edad,
cual la pagana, en un templo
sus poetas adorar,
nos consagra de su estima
emblema monumental,

conmemorativa ofrenda
de su generosidad,
este Teatro, que sella
de los cuatro con la faz
y rubrica con el nombre
del á quien hizo el azar
el primero, por nacer
primero que los demás.

Y aquí... bien sé lo que acaso
con razón de mí esperáis;
un himno de gratitud,
un alarde personal
de ingenio ó de sentimiento,
caballeresco y galán
con las damas; con los hombres
amistoso, amplio, cordial,
y con el pueblo algo digno
de mi popularidad;
algo para hoy á propósito,
algo extraño, original;
algo, en fin, con que os recuerde
lo que fuí, y algo capaz

de corresponder aquí
á la generosidad
con la cual Valladolid
tan alta prueba me da
de estimación predilecta
y de amparo maternal.

Lo adivino, lo presiento;
leo vuestro pensamiento:
creéis que aún puedo entonar
con el ya perdido aliento
de mi juvenil acento
un romántico cantar.
Pluguiéramos aquí ahora,
atrevida, vibradora,
de mi labio oir brotar
una endecha, una cantata,
himno, trova ó serenata
medio goda y medio mora,
salmo y cantiga á la par,
cuyo excéntrico estribillo
pudiera á un tiempo llamar
con mi laúd al rastrillo

de la dama del castillo
y de los hijos de Agar
con el agrio guitarrillo
á la esclava del adoar.
Una de esas salmodías
en que hacía yo otros días
loco alarde de encajar,
de mi métrica en el cuadro,
el gorjeo y el baladro
del jilguero y del jaguar.
Uno de esos desvaríos
montaraces y bravíos,
ó infractores, como míos,
de la ley del buen trovar,
en que mi estro se empeñaba
en cruzar y escudriñar
los vapores de la lava,
las neblinas de los ríos,
de las ciénagas los vahos,
de los páramos los fríos,
desde el zenit hasta el caos,
para unir, amalgamar
ó imitar cuantos acentos,
voces, silbos, ecos, ruidos
y rumores y sonidos

van perdidos con los vientos,
de mar, llano, valle y sierra
en la atmósfera á expirar;
cuyos gérmenes encierra
de los vivos elementos
de aire y agua, fuego y tierra
el crujir ó el resonar.
De la mustia lamparilla
cuya turbia y débil llama
al morir chisporrotea
en la lóbrega capilla,
ó escondida tras la silla
del enfermo ante la cama
que con ella va á expirar;
desde el ruido de la astilla
ó el tizón que húmedo humea,
la hollinosa chimenea
en otoño al calentar,
hasta el foco que flamea
del incendio, cuya llama
colosal se desparrama
y llamea y centellea
el alcázar y la aldea
rebramando al devorar.
De la gota diminuta,

que de aguda estalactita
en la punta agria é hirsuta
comenzándose á cuajar,
al crecer se redondea,
y creciendo se menea,
y al fin trémula gotea,
y en la opuesta estalagmita
al caer se va á estrellar.
Desde el plácido murmullo
del meándrico arroyuelo,
que en lento y suave arrullo
va saltando por el suelo
y dejando en cada hoyuelo
una perla, que estremece
las yerbillas al rodar,
hasta el ruido tremebundo
del mar que alza furibundo
su oleaje, que hincha y crece
con tal furia, que parece
que los ámbitos del mundo
con sus olas va á anegar.
Todo el ruido que produce
la existencia universal,
que en su máquina conduce
mientras rueda y mientras luce

por los senos del vacío
nuestro globo terrenal:
todo el cúmulo infinito
de sonidos y rumores;
el zumbido del mosquito,
el del aura entre las flores,
del pavón el triste grito,
el aullido del chacal;
el balido de la oveja
el susurro de la abeja,
el graznar de la corneja,
el fermento del volcán;
el mugido del becerro,
que ayudado de su perro
vuelve á oscuras al encierro
del redil el cachicán;
el hervor de la marea,
el fragor de la pelea
la ventisca y la pedrea
del ciclón y el huracán.
Eso es, tras de mis escenas
del Traidor, lo que esperar
de mí osabais: lo que dar
pudiera yo á duras penas
si lo osara ya intentar.

Una de esas cantinelas
en que osaba yo trenzar
tantas cláusulas ajenas
de sentido, en las que apenas
hay dos frases que anudar:
mas en que hay esa armonía
melancólica ó bravía,
vaga, extraña, singular,
ese son de poesía
imposible de explicar,
en que el mundo noche y día
como un himno de alegría
no se cansa á Dios de enviar.
Son por nadie comprendido
mas para Él jamás perdido,
que á Dios alza sin cesar
todo ser con voz nacido.
Desde el pájaro en su nido
hasta el mar embravecido
amagando al sol tragar.

Mas ¡ay de mí! de todo eso
nada os puedo recordar,

repetir ni dar idea:
yo el que he sido no soy ya,
y he dado ya de mí mismo
cuanto Dios me dió que dar.
Yo ya lo he perdido todo,
hasta el tipo personal,
del espíritu y del cuerpo:
la voz ó fuerza de hablar;
la luz de la inteligencia,
del trabajo en el afán;
la fe, entre los desengaños;
la esperanza, en el erial
de la experiencia; la osada
inspiración, al luchar
con la prosa de la vida;
el brío y la actividad,
en los páramos estériles
del positivismo actual;
los ojos y los oídos,
en oir y en contemplar
los absurdos ideales
de la ciega humanidad;
y todo mi ser poético
se perdió, tras de mí allá
en mis jiras por la tierra

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y en mis tumbos por el mar.
Yo he venido aquí á mi pueblo
á pedir tumba no más;
yo he venido aquí á morir,
dejadme morir en paz.
Yo os dejo á mis tres hermanos,
que, en plena virilidad,
gloria por gloria, con creces,
á Valladolid darán:
Cano, cuya pluma arranca
la piel á la sociedad;
Núñez de Arce, en cuerpo chico,
espíritu de titán,
y Ferrari, Etna viviente,
cuya inspiración feraz
ha de legar á los postreros
de nuestra tierra natal
los poemas de sus fastos
y los cuentos del hogar.
Yo, hidalgo del tiempo viejo,
que no he esquivado jamás
trabajo ni compromiso,
ni responsabilidad,
por los cuatro hoy á esta escena
bajé la voz á tomar

para decir, bendiciéndola
por los cuatro, á esta ciudad:
«¡Bendita sea la madre
que no quiere abandonar
á sus hijos, ofreciéndoles
su regazo maternal!
¡Bendita seas para mí,
Valladolid!»
Y acabar
no quiero sin revelarte
mi pensamiento final:
este Teatro, que sellas
con mi nombre, va á probar,
no la prez que hay en mí, no,
sino la que tú me das.

Y AQUÍ OS DIRÉ EN CONFIDENCIA...

Y aquí os diré en confidencia
que al entrar en la vejez
se torna de la niñez
á entrar bajo la influencia;
y el viejo poeta un día
en el rincón donde duermen
sus recuerdos, vuelve el germen
á hallar de su poesía.

Nuestra memoria es un mar
que á sus playas solitarias
en sus olas, siempre varias,
trae las mismas sin cesar.
Los viejos se tornan niños;
su memoria hacia atrás vuela,

y el ayer se les revela
entre luz, oro y armiños;
y á los viejos nos consuela
ver el arcón do en escriños
guardaba el pan nuestra abuela;
pasar por la callejuela
por do á rastra ó con cariños
nos llevaban á la escuela,
y vagar por la plazuela
donde los primeros guiños
hicimos á una chicuela
aun impúberos lampiños.

Es una segunda vida
reflejo de la pasada,
de la cual no queda nada,
de la cual nada se olvida.
Mutua compenetración
de niñez y senectud,
es lampo de juventud
que nos alumbra el panteón:
es la fiel reproducción
del panorama vital,

donde á la luz celestial
de la antorcha de la fe,
toda la vida se ve
de una ojeada final.

Y eso es, eso lo que había
para mí en Valladolid.
¿Debí renunciar, decid,
á esta final poesía?
¿Debí de la madre mía
huir de mi gloria en pos,
con vergüenza de los dos
é ingrato y vil con exceso,
sin darla el último beso,
sin darla mi último adiós?

No; aunque el alma me taladre
memoria tan importuna,
jamás por mi ruin fortuna
viví con madre ni padre:
Valladolid fué mi cuna
y ha parado en ser mi madre.

De allende el mar al volver
de sus entrañas pedazo,
con un maternal abrazo
me acogió con gran placer,
y hoy me aduerme en su regazo
como al niño á quien dió el ser.

Y yo en mi ciudad natal
tengo la ciudad por casa;
todo en todas se me pasa,
hágalo yo bien ó mal.
No tengo puerta cerrada,
mano que no se me tienda,
quien por nada se me ofenda
ni pida razón de nada.

Nadie de mí exige más
que lo que da mi capricho,
y jamás ningún mal dicho
me ha dicho nadie jamás.
Yo ando solo y aburrido,

y entro y salgo, subo y bajo
por callejuelas de atajo
y encrucijadas perdido.
Quien me encuentra por acaso
á verme pasar se para;
nadie me niega la cara,
ninguno me estorba el paso:
y ni yo cuenta me doy
ni nadie busca la clave
de mi conducta.—Y ¡quién sabe
si yo en mí mismo no voy!
Dicen que ante las portadas
de San Gregorio y San Pablo
con las imágenes hablo
en sus piedras entalladas:
dicen que de algún altar
y de algunas sepulturas
las marmóreas esculturas
me sonríen al pasar;
y es que yo en Valladolid
conservo amistades viejas
con mil héroes de consejas,
desde los tiempos del Cid.
Es que no hubo más cariño
para mí, en mi vida entera,

que aquella gloria primera
en que aún es ángel el niño.
Es que yo de mi ciudad
natal partí adolescente,
para echarme de repente
del mundo en la tempestad;
y me arranqué de sus brazos
dejando por sus rincones
de mi memoria jirones,
de mi corazón pedazos;
y ahora que salgo del mar
para echarme en el olvido,
donde los había perdido
los estoy volviendo á hallar.
Para mí no hay un rincón
en mi población natal,
un recodo ni un portal,
un nicho ni un callejón,
desde su plaza central
hasta el último arrabal
que esté en la jurisdicción
del padrón municipal,
que no me guarde un jirón
de algún secreto historial,
de algún pie de tradición,

de alguna superstición
ó algún hecho personal.
Para mí aquellas riberas
por do el Pisuerga, salvando
puente y presa, va ensanchando
á través de las moreras
su corriente sosegada,
que al mismo tiempo y lo mismo
en la edad media embardada,
que en tiempos del clasicismo
y en nuestra edad descarriada,
oye á las aves parleras
y á los céfiros pasando
susurrar en la enramada,
y la voz de un doble bando
de vagos y lavanderas,
que traban de cuando en cuando
estruendos y peloteras;
aquel río que, escondido
entre innúmeros planteles
de alamedas y vergeles,
corre hoy ya de ver corrido
que años ha que en su corriente
ya no se han reproducido
(sin saber dónde se han ido)

los arcos de Benavente;
y busca el viejo Pisuerga
(cuya agua hoy el castellano
á la del Duero posterga),
y también le busca en vano,
porque ya no le conoce,
porque ya se desfigura,
de este siglo de cultura
y progreso con el roce;
busca el Ducal edificio
que, al transformarse en Hospicio,
del pobre en santo hospedaje,
del pueblo en santo servicio,
de caridad santa gaje,
santo antemural del vicio
y á la virtud homenaje,
bien pudo en su frontispicio
guardar el noble aparato
de sus nobles torreones,
con su almenaje y ornato
de cifras y de blasones,
y el original boato
de sus gigantes balcones
de dorado barandaje
donde izaron sus pendones

de sus reyes al pasaje
los espléndidos varones
de aquel ínclito linaje.
Y busca también en vano
aquel viejo castellano
río vallesolitano,
entre los nuevos jardines
del allanado altozano,
el torreón de San Benito,
desmochado en los motines
que de adobes con fortines
embarraron su circuito,
destinando á infandos fines
lo sagrado y lo bendito.
Y busca en vano aquel lienzo
de murallón almenado
que ante su cauce profundo,
por detrás de San Lorenzo,
levantó aquel degollado
que privó con Juan segundo;
y todo lo que se hundió,
todo lo que queda en pie,
todo lo que nadie ve
allí donde lo vi yo,
todo lo que busca el río

por toda aquella ladera
por donde hoy el caserío
según va creciendo sube
del Campo Grande hasta afuera,
que un páramo entonces era
donde en perder me entretuve
los cursos de mi carrera,
hoy en mis sueños
forma todo eso una nube
de recuerdos juveniles
de los tiempos en que anduve
con tricornios y manteos
en parrandas y bureos
y bregas estudiantiles
á través de los jaleos
y alarmas y tiroteos
de nuestras grescas civiles.
Para mí las piedras pardas
de aquellas mil casas viejas
de tejados ya sin tejas,
de corrales ya sin bardas,
de puertas ya sin encaje,
de cuartos sin inquilinos,
en abandono salvaje
y á pesar de los vecinos

entregados á las manos,
á los juegos y á las grescas
y las turbas truhanescas
de los nómades gitanos;
aquellos tristes vestigios
de alcázares nobiliarios
que perdieron en litigios
sus postreros propietarios,
dándose inconsciente traza
con su quijotesca incuria
de hundir en una centuria
hasta el nombre de su raza:
de aquellos cien caserones,
ayer nobles edificios
recargados de blasones,
que hacen hoy viles servicios
de pajares y mesones,
en sus barrios y suburbios,
para mí aún los rincones
turbión de recuerdos puebla,
que del tiempo entre la niebla
ve ya mi memoria turbios.
Para mí aquellos augustos
templos, más tarde cuarteles,
de puertas ya sin dinteles,

de hornacinas ya sin bustos,
de bóvedas ya sin clave,
de aristas ya sin ajuste,
de arcos ya sin arquitrabe,
de atrios ya sin verjerías,
de aras ya sin santos ni andas,
de coros ya sin barandas
y ojivas sin vidrierías,
son de las generaciones
de nuestros antepasados
los mal cumplidos legados,
las mal satisfechas mandas,
las pruebas de nuestra historia,
de nuestra fe y nuestra gloria
las reliquias venerandas.
Para mí las dos esbeltas
torres de Don Pedro Anzules,
que en los espacios azules
y en nuestro aire frío envueltas
se destacan cual si sueltas
rasgar quisieran los tules
de vago ambiente, elemento
del visible firmamento,
del que parecen pilares
de su Domo azul sustento,

arcángeles tutelares
de la ciudad, seculares
obeliscos, testimonios
de nuestra grandeza, pares
con los babilonios,
bizantinos alminares
de hierro con voz y alientos,
de nuestra prez monumentos,
de la actual ruindad ludibrio,
mofa del sol y los vientos,
inconcebibles portentos
de solidez y equilibrio,
son guiones y señuelos
que ha nueve siglos tremola
por nuestra raza española
la fe de nuestros abuelos.

Y he aquí la poesía
que Valladolid encierra
para mí; y ésa es la mía,
que se escucha todavía
por mi castellana tierra.

VALLADOLID

La poesía prevalecerá mientras tienda sus alas el cielo por la atmósfera de la Patria; y no desaparecerá la forma poética mientras no desaparezcan las religiones y pierda la humanidad la intuición y conocimiento de Dios.

El Autor.

Mi palabra me sujeta,
viejo y andante poeta,
á ir de provincia en provincia;
nadie en la suya es profeta:
la mía es la antigua Pincia.
Por ella debí empezar;
mas la lumbre de mi hogar
me apagó un mal viento allí,
y allí me impide posar
un mal viento para mí.
Yo ni protesto ni apelo,
ni á la opinión me rebelo,
ni he de entrar por ello en lid:
hoy debo Valladolid
rasar en mi errante vuelo,
y al vuelo y de refilón
Valladolid al rasar,

de una iglesia en un rincón
voy de entre el polvo á evocar
una santa tradición.
Lo ido ya, no ha de volver,
y á cada uno hay que tomar
como Dios le quiso hacer:
nadie puede en otro ser
el ser de nadie cambiar.

EL SACRISTÁN JUAN DEL POZO

I

Era Juan un sacristán
que en San Lorenzo servía,
con tal fe y con tanto afán,
que hecha su iglesia tenía
un pino de oro este Juan.
El cura de ésta era un viejo
no famoso por su ciencia;
mas de natural despejo,
sana moral, buen consejo,
buena fe y buena conciencia.
Sacristán que Juan mejor
no hubo en toda aquella zona:
en el ritual un doctor,
como salmista, un primor,
y más listo que Cardona.

Y este Juan era casado:
y de fe y virtud dechado,
mas moza y de muy buen ver,
de la iglesia en el cuidado
le ayudaba su mujer.
Llamábase ésta Lucía;
y él temeroso de Dios,
y devota de María
ella, mal no se decía
de ninguno de los dos.
Su casa es, á la del cura
y á la parroquia contigua,
destartalada y obscura:
resto de fábrica antigua,
de deforme arquitectura.
Caserón de gente rica
que entre la guerra y los vicios
se extinguió al fin, comunica
con la iglesia, y hoy la aplica
el párroco á sus servicios.
Da el caserón á un corral
que acota, guarda y rodea
un mal bardado tapial,
y en el centro de él campea
un pozo de ancho brocal.

En el arco que asegura
la polea, hay, sin aliño
de primores de escultura,
un nicho con la pintura
de la Virgen con el Niño.
Lucía, con fe sencilla,
de ella amparo y de su casa
la cree; de su lamparilla
cuida, y ante ella no pasa
sin doblarla la rodilla.
Tal era la posición
de la tosca habitación
de Juan y de su mujer:
un poco fea de ver
de aquel patio en el rincón,
mas cómoda y amueblada,
sin que falte en ella nada
preciso; porque Lucía,
cuando se casó, venía
bien vestida y bien dotada.
Huérfana, al casar con Juan,
de padres, le aportó algo;
algo poco más que pan,
y era ahijada de otro hidalgo
acaudalado en Cebrián;

y este hidalgo, que venía
asiduo y á tiempo fijo
á verlos, llegó en mal día
uno en que á Juan y á Lucía
les nacía el primer hijo.
Mostró muy grande interés
por el hijo y por la madre
el hidalgo cebrianés;
y aquí empezó Juan el padre
á mirarle de través.

II

Y aquí, fin antes de dar
al caso santo y poético
de Juan, hay que reparar,
sin meternos á estudiar
del caso de Juan lo estético,
lo psíquico, lo sintético,
lo analítico y... ¡¡la mar!!
que Juan, de Lucía esposo,
era el hombre más celoso
que bajo el sol de los cielos
(ridículo ó espantoso)
hizo el Otelo ó el oso
al ímpetu de sus celos.
Y como los celos son
de una furiosa pasión

la rabia, la calentura,
el vértigo, la locura
que nos quitan la razón,
un celoso es monstruo extraño
que ni oye, ni raciocina,
ni ve pelo ni tamaño,
ni respeta al causar daño
cosa humana ni divina.
De buena fe se ofreció
por padrino el de Cebrián
del hijo que á Juan nació:
¡fatal idea! que á Juan
otra peor sugirió.
Es rubio el recién venido,
Lucía y él son trigueños,
y es rubio el recién nacido;
casi todos de pequeños
pelirrubios hemos sido.
Mas el diablo cegó á Juan,
y abierto en el matrimonio
de los celos el volcán,
ciego Juan, se dió al demonio
por celos del de Cebrián.
Daban á Juan plazo poco
los suyos: Lucía de él

se amedrentó; y con tal loco
el buen hidalgo tampoco
dió en cuál era su papel.
En vez de irse, se quedó;
el cura á Juan pretendió
confesar; mas Juan le huía
mudo y torvo, y concluyó
por aislarse; al fin Lucía
comprendió á Juan: se ofendió
y aisló también... y no había
del lío que el diablo armó
quien diera el cabo... y pasó
así un mes, día por día.

III

Es Noche Buena; en la cual
nuestra santa Religión
el nacimiento celebra
del Divino Redentor.
Está la luna en su lleno,
de fiesta la población,
la gente alegre en la calle,
llevando á cientos en pos
á los chicos, que con pito,
rabel, zambomba ó tambor,
cada cual solo, es un trueno,
todos juntos, un ciclón.
Noche en que en Valladolid,
en honra del Niño Dios,
campa y cena todo el mundo

según sus medios y humor:
el rico platos opíparos,
el burgués pesca y turrón,
el pobre lo que le dieron,
el truhán lo que atrapó,
el ruflán del gusto ajeno,
del miedo ajeno el matón,
el capellán de sus monjas,
con sus frailes el prior,
el hidalgo en la hostería,
el huésped en el mesón,
el plebeyo en la taberna,
el gorrón donde pegó,
el sopista en el convento,
los del hampa en el figón,
las busconas á la husma,
y entre todos, avizor,
las rondas con sus alcaldes
y sus pajes de farol,
y alguaciles estoquistas
contra vagos y á favor
de los devotos, que al templo
acuden sin devoción
á oir la misa del Gallo
que nunca en paz nadie oyó.

La de San Lorenzo estaba
concluyendo, entre el rumor
irreverente del pueblo,
que al presbiterio en montón
se agolpaba, no cabiendo
ya del templo en lo interior;
é iba ya el bueno del cura
á echarle su bendición,
cuando un grito pavoroso,
un ¡ay! tan desgarrador
que al arrancarse del pecho
humano que le lanzó,
se comprendió que arrancaba
de aquel pecho el corazón,
fatídico, inexplicable
en el templo penetró,
dejando á todos transidos
del miedo en el estupor.

Rompiendo el silencio el cura
desde el altar preguntó:
—¿Qué hay?—y del fondo del patio
gritó angustiada una voz:

—Que el niño de la Lucía
está en el pozo.—
Cayó
en el presbiterio Juan
presa de una convulsión,
y el pueblo detrás del cura
al patio en tropel se echó.

IV

En él dieron con Lucía,
quien sin conciencia ni acción
miraba al pozo, abismada
en un inmenso dolor:
é iba á ofrecerle el buen cura
con cristiana compasión
los consuelos y servicios
de buen padre y buen pastor,
cuando Lucía, de pronto,
volviendo en sí, levantó
brazos y ojos á la Virgen
del Pozo, y con el fervor
de esa fe que mueve montes,
así á María invocó:
«¡Virgen Santísima, ampárame:
vuélveme mi hijo y su amor».

Entonces diz que la Virgen
del nicho se sonrió;
y el cura y Lucía, únicos
que del pozo el interior
pueden ver, vieron con pasmo
en su fondo, á un vago albor
subterráneo, al niño á flote
como un copo de algodón;
y que el agua borbollando
á elevarse comenzó,
trayendo al niño en su límpido
milagroso borbollón.
El cura y Lucía echáronse
atrás; el agua rasó
el brocal, y rebosando
sus bordes en rededor,
con una cascada de agua
que se solidificó,
lo convirtió en ara de ópalo
del plenilunio al fulgor;
en cuyo centro, á su luz
y á flor del agua, surgió
como en transparente, líquido
y movedizo almohadón,
el niño rubio dormido,

debajo del Niño Dios
que tiene en brazos la Virgen
en el nicho del pintor.

Prosternóse el pueblo atónito
al influjo de una unción
divina, que los sentidos
sumiendo en santo sopor,
abre el alma al goce místico
de la presencia de Dios,
transformando en paraíso
el deforme corralón.
Durante cuyo deliquio
celestial, nadie advirtió
que Juan como un hosco espectro
del crimen evocación,
vacilante como un ebrio,
trasudando de terror,
atravesaba el gentío
como arrastrado á tirón
por un invisible ser
de su ser dominador,
cerca del pozo quedándose
en muda estupefacción.

V

La influencia del milagro
de la atmósfera barrió
una ráfaga aromada
de un nunca aspirado olor:
y despertándose el niño
en su líquido almohadón,
entre sus brazos su madre
del agua le recogió.

Dispersóse el pueblo, el cura
fuése, cerrando el portón
del patio; y ya en él Lucía
y Juan á solas los dos...

¡*Tú!* exclamó Lucía al verle:
Juan llorando dijo: ¡*Yo!*

. . . . . .

. . . . . .

—¡Juan... acógete á la Virgen
si ha de perdonarte Dios!

III

CIUDADES

ÁVILA

I

Esta Ávila, amurallada
de España tan en el centro,
como ciudad encantada;
y al verla, nadie ve nada
de lo que hay de Ávila dentro.
Ávila á vista del tren
repentinamente surge,
pero nadie la ve bien;
porque al llegar al andén
es comer lo que más urge.
Su torreado murallaje
la curiosidad excita;
pero en tan rápido viaje
la admiración del paisaje
el apetito no evita;

y al salir del *restaurant*
los viajeros no la ven
tampoco, con el afán
de hallar el coche en que van
y oyendo la voz de ¡al tren!
Tal rapidez aquí extraña
parece; no se concibe
priesa tal que hasta se ensaña
por ganar tiempo en España
do haciendo tiempo se vive.
Como visión pasajera
al viajero se aparece
de una vez Ávila entera:
y de la misma manera
que surge, desaparece.
Queda en la mente y los ojos
fotografiada un momento
entre peñascos y abrojos,
como una ciudad de un cuento
de duendes y trampantojos.
La impresión que produce es
tan exótica y extraña,
cual si de Ávila á través
diera hacia atrás un paspiés
de cuatro siglos España.

De torres aquel cintillo,
de piedra aquel grande anillo
tan sin solución ni encaje,
población todo castillo
sin torre del homenaje,
ejemplar de construcción
de la edad del feudalismo,
parece decoración
de una escena de un dramón
del viejo romanticismo.
Á través de impresión tal,
nadie va ó vuelve en el tren
á ó *de* la capital,
que de Ávila bien ó mal
piense más que en el andén.
Muy pronto aun á la partida,
muy tarde ya á la llegada,
ni á la vuelta ni á la ida
ninguno fin de jornada
de hacer á Ávila se cuida.
Se lleva priesa al partir,
se trae cansancio al volver;
y á lo que se oye decir,
no hay para qué á Ávila ir,
donde no hay nada que hacer.

No hay corrida semanal,
ni *box* congresil que ver,
ni casino nacional
con banca y con bacanal
donde oro y salud perder.
Y hoy ya la tal chifladura
del viaje de veraneo
costea tan mal la usura,
que se anda en tren de recreo
la calle de la Amargura.
Porque el *fin de siglo* es tal;
viajero hay que es un morral
que se envía con dinero
consignado á un ruletero
de un *club* internacional.
¿Quién en Ávila se fija
con tan brutal rapidez?
Se come en pie, de valija
cambia el correo, se alija
carga, y al tren otra vez.

II

«Ciudad de los caballeros
llamóse por sus linajes:
y en Castilla los primeros
fueron por siglos enteros
sus ilustres personajes.
»Infantes ó aventureros
siempre en campañas y viajes
llevaron tras sí escuderos,
corredores y monteros
y mayordomos y pajes;
»Tan engreídos y fieros
con sus armas y equipajes,
tan celosos de sus fueros
que armas, dinero y bagajes
dieron á los comuneros.

»La historia á eso se redujo
siempre, de clero y milicia
á ensalzar fuerza ó influjo
por su audacia ó su codicia:
y tal fué lo que produjo.
»Libros de caballería
son casi, crónica rancia,
trabajos de frailería
faltos de filosofía,
de criterio y de substancia.
»Todo eso... ¿á quién interesa
ya? Lo de Santa Teresa
se sabe todo al dedillo:
lo del Tostado y Ronquillo
papel quemado, pavesa.
»Lo de la reina Isabel
y el rey Don Enrique cuarto
y Don Alfonso, papel
mojado; lo escrito en él
si lee algún tendero, es harto.
»Todo eso *fué:* va impulsado
el mundo en evolución
tal, que lo que se ha parado
siempre ha sido atropellado
por nueva fuerza en acción.

»No puede el siglo vivir
de la tradición de ayer:
la vida es el porvenir:
todo adelante ha de ir,
nada atrás ha de volver.
«Hoy las torreadas murallas
»de Ávila son antiguallas,
»que opone aún al progreso
»la tradición como vallas.
»¿Por qué aún en pie queda eso?»
Dicen así, mientras ven
á Ávila desde el andén
dos filósofos que van
no sé á qué á San Sebastián.
¡Buen viaje y salud!—¡Al tren!

Y Ávila, tal mal juzgada
y tan mal vista, aún murada
de España tan en el centro,
del andén tan alejada,
tan sin ley desherédada,
por más que sale al encuentro
de los trenes, olvidada

se queda, y nadie ve nada
de lo que hay de Ávila dentro.
Y hay luz, fuerza y porvenir
dentro de Ávila y tras ella
para volver á vivir,
y á ver que su buena estrella
vuelve en el cielo á lucir.

III

Sólo un término de esta provincia obscura,
de quien España inerte ú olvidadiza
no se cuida, atesora más hermosura,
más riqueza, alegría, luz y frescura
que hay en Austria, Alemania é Italia y Suiza;
porque tenemos
de todo en nuestra patria,
mas nada vemos.
Dios colocó estas sierras, de maravillas
colmándolas, cual fértil oasis verde,
entre las dos planicies donde se pierde
la vista por los páramos de ambas Castillas:
Y en esta sierra tiene sus montes Gredos.
¿Los habéis visto? ¿Oisteis
de montes tales

hablar? ¿No? Pues oídme y estaos quedos
mientras os pinto el cuadro de sus breñales,
de sus montes fragosos de árboles llenos,
de sus tajos y peñas acantiladas
do el nublo da su bronca voz á los truenos;
del valladar de cerros y de quebradas
que abarca lomas, prados, vegas, llanadas;
dehesas con ríos mansos, lagos serenos,
arroyos cristalinos, y altas cascadas
que hacen de aquellos sitios ricos y amenos
un país que parece país de hadas.

Danse por sus ribazos, sotos, laderas,
sus cañadas, sus cuencas y sus barrancos,
enebros olorosos, blancas moreras,
quejigos siempre verdes, álamos blancos,
fresnos, robles, castaños, pobos y olivos;
cuantos árboles de útiles ricas maderas,
cuantos de climas tibios por las praderas
dan sus frutos sabrosos y nutritivos;
terrenos vastos
cuajados de arboledas,
ricos de pastos.

Pacen en grandes hatos cabras y ovejas
sus henos y sus tréboles, su alfalfa y grama;
y en apriscos techados con rojas tejas

las paridas, las crías y las más viejas
de noche el cuidadoso pastor encama.
Ganado más lucido lanar, vacuno
y cabrío no cría país ninguno.
¡Qué leche, qué vellones de lana fina!
La de Gredos compite con la Merina.
¡Qué carnes más sabrosas para el mercado!
El de Madrid por ellas está surtido
de vaca suculenta para el cocido,
de ternera jugosa para el asado.
¡Qué gran tesoro
esta sierra escondida!
Tal sierra es oro.
Sanchivieco, la Menga, la Paramera,
cuanto riega el Alberche y el Tormes baña,
cuanto abarca de Gredos la sierra entera,
la mayor, la primera de las de España,
es terreno tan fértil, tan productivo,
de rendimiento libre tan positivo,
que mayor tal vez otro ninguno diera
á verse más poblado con más cultivo.
Templados en Diciembre
y en Julio frescos,
sus llanos y sus valles son tan fecundos,
con parajes tan sanos y pintorescos

como los más famosos de los dos mundos;
como esta sierra
otra Dios no ha creado
par en la tierra.
Y he aquí lo real, lo útil, lo verdadero,
lo que es todo substancia, jugo, dinero.
¿La poesía?
Se va ya; pero en Ávila
la hay todavía.
Hay un lugar agreste, deshabitado,
guardado por el miedo, fosco y sin ruido,
de nieve y ventisqueros siempre cercado,
por leyendas y cuentos muy mal famado,
por albergue de espíritus siempre tenido,
por brujas y por duendes muy frecuentado,
de silfos y de gnomos y trasgos nido,
y á donde el vulgo nunca subir ha osado.
Allí entre dos picachos, honda laguna
en ancho receptáculo su agua recoge,
tan helada, que acaso no hay ave alguna
que la beba, ni en ella sus plumas moje.
¿Cuáles son las corrientes
que agua la llevan
á altura tal?... ¡Y está alta!... pero tan alta,
que allí se siente el vértigo y el aire falta;

sólo los ventisqueros que allí se elevan
en tiempo del deshielo de agua la ceban
con la que en sus carámbanos gotea y salta.
Y allí ya no germina ni flor, ni fruto,
ni ser viviente alguno tal sitio puebla;
allí reina el silencio más absoluto,
allí no hay más atmósfera que bruma y niebla.
Los campesinos crédulos de las llanuras
aún creen que los diabólicos vitandos seres
que habitan ó frecuentan tales alturas,
tienen por el más grande de sus placeres
el de cuajar nublados y auras impuras;
y que con las tormentas que de estos riscos
se desprenden, aquella vil raza impía
es á sus plantaciones quien les envía
para arrasarlas lluvia, fuego y pedriscos;
en todas eras
se han puesto en sitio tales, tales quimeras.
¿Qué tal el cuento?
Original es de Ávila;
yo no lo invento.
Pero esta poesía tiene su prosa:
prosa tan nutritiva como sabrosa.
Desde aquella picota de peñascales
donde sus conciliábulos y saturnales,

y sus danzas macabras ú orgias ó luchas,
celebran duendes, brujas y otros que tales,
de su laguna bajan los manantiales
de los ríos que crían tan buenas truchas.
Y he aquí lo positivo, lo verdadero,
lo que es todo substancia, jugo, dinero.
Pero ¿y la poesía? Sueños, visiones,
romanticismo viejo: relatos fútiles,
ocupación de vagos: hoy las naciones
se distraen con más serias disquisiciones
severas, filosóficas, en fin, más útiles:
aunque hay quien cree todas esas cuestiones
son menos divertidas y aun más inútiles.

IV

SÍNTESIS

Un paraíso es Ávila, pero perdido
por incuria, ignorancia, desdén ú olvido.
¿Por qué lo que hay en Ávila sin ver pasamos?
¿Por qué su territorio no conocemos
y sus fuerzas activas no utilizamos?
¿Por qué el motor de su agua
no aprovechamos
para suplir motores que aún no tenemos?
¿Por qué tesoros tales desperdiciamos?
Porque á París y á Baden y á Spa nos vamos
á vaciar nuestras bolsas como unos memos.
Porque, raza haragana, vaga y baldía
y á la pobreza patria ya indiferente,
vamos á donde hay juergas tras de la gente
diciendo: ¡bah! mañana... será otro día.

Ya que Dios tal en Ávila dárnosle quiso...
¿si en vez de ir á arruinarnos el extranjero
hiciéramos de Gredos un paraíso
y á él venir á gozarle por su dinero?...
¡Bah! ¡Delirios! Propósito de fantasía,
eso ya no lo haremos nunca nosotros:
lo que cueste trabajo que lo hagan otros.
Vivamos, aunque siempre se viva al día.
¡Y así vivimos!
¡Como si así cobráramos
lo que perdimos!
He aquí lo positivo: la verdad pura,
naturalismo neto: la poesía
se fué, tirando el arpa: conque á la hondura
de un barrancal de Gredos tiro la mía.

TARRAGONA

Cada día que pasa va arrancándome
algún recuerdo envuelto entre sus horas,
como el viento en el mar al barco náufrago
va jirón á jirón sus velas rotas;
y como mis efímeras ideas
siento que día á día se me agotan,
de mis últimas voy por las provincias
á cada cual legándola unas pocas.
Hoy entre el tul de la marina bruma
y el áureo polvo que dejó allí Roma,
voy á dejar de los que ya se me huyen
un recuerdo á los pies de Tarragona.

Yo amo á aquella ciudad: deudas con ella
tengo años ha de gratitud y de honra,

porque me dió hospedaje tan espléndido
que pareció de triunfo ceremonia.
No vi allí ni oí más que serenatas
bajo de mis balcones; barcarolas
sobre el mar: todo el puerto era un incendio,
el monte hogueras y la calle antorchas.
Cabalgatas, saraos, banquetes, jiras,
justas de poesía encantadoras,
ostentoso aparato, compañía
ilustre y juvenil, damas hermosas.
Felibres provenzales y maestros
de gay saber de sus comarcas todas...
¿Cómo no he de guardar á Cataluña
con fe tenaz la gratitud más honda?
Mas ¡ay! no sé qué velo de tristeza
y qué soplo glacial hay en la atmósfera,
que atribulan mi espíritu, perturban
mis pensamientos y mi voz sofocan...
Hay algo que se extingue... alguien que expira...
algo que junto á mí se desmorona;
algo que haciendo sobre mí el vacío
para mi corazón, hiela mi boca.
Se me va la atención de lo que escribo;
el pensamiento se me va... á una alcoba
do lucha un gran maestro con la muerte

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

y estoy pendiente de él (1), no de mi obra.
Pero es el sino, el yugo, el cepo, el potro
del poeta, el esclavo y el ilota.
«¡Vive para cantar... y canta y vive
aunque el alma en la lucha se te rompa!»
Y á través de todo *eso*, que al fin mata
hiel vertiendo en el alma gota á gota,
la mía del país tarraconense
con los vivos recuerdos se conforta.
Los veo hoy, es verdad, algo mal fijos
á través de esa niebla melancolica,
pero consoladores, halagüeños,
radiando luz y transcendiendo aromas.
Ante mí el esplendente panorama
de su campo feraz se desarrolla,
vestido de sus pastos y olivares
y sus viñedos con la verde ropa.
Doquier llanuras en actual cultivo,
valles frondosos, y labradas lomas,
pueblos alegres y masías blancas,
ramos en flor y pintorescas rocas.
Doquiera sendas y caminos llenos
de ágiles noys y de gallardas noyas,

(1) El maestro Arrieta.

que van y vuelven de los cien mercados
que hay á diario en las aldeas próximas.
Todo es labor y actividad el campo;
y las cinco ciudades que la forman
en la rica provincia están prendidas
como en tocado mujeril las joyas.
Allí Reus la rica, la ilustrada,
que es sin par en sus fiestas religiosas,
y extremada en sus fiestas populares,
de oro, placer y de manjares pródiga.
Reus, por el trabajo engrandecida,
sabia, industrial, fabril y agricultora,
siembra, construye, enseña, hila, fabrica,
comercia, viaja, sabe y vive cómoda.
Aquí la alegre Valls, con sus fornidos
viquets y sus mujeres corredoras,
y sus montañas de hombres, ejercicios
de agilidad y fuerza portentosas.
Allá los de Falset, que de molinos,
rieras, esclusas, minas, pozos, norias
á fuerza, han convertido al fin en huertas
sus agrios cerros y cañadas cóncavas.
Gandesa, coronada de santuarios,
y perforada por sus cuevas de Horta,
da más con la madera de sus bojes

que con pan á su gente laboriosa.
La ABADÍA feudal de SCALA DEI,
cüyo *sigillum* monacal hoy borra
la marca comercial con que circula
el embás del gran vino que elabora.
Admirada hasta ayer por monumento
de regia fundación y fe piadosa,
fué Cartuja, hospital, granja modelo
del PRIORATO siempre amparadora:
Hoy es, con mengua de la luz del siglo,
una vergüenza que al país sonroja,
un incendio moderno que aún humea,
una mancha de sangre como alfombra:
En la de su fructífera campiña
que aún se extiende á sus pies, y ya ajirona
la asolación que tras de sí dejando
van las guerras civiles españolas:
Y esas dos ruinas de Poblet y de ésta,
de ambas hundidos pavimento y bóvedas,
saqueadas de las dos aras y archivos,
desenterradas de las dos las momias,
son dos espectros que de pie han quedado
y en las tinieblas de la noche lloran
sobre la estupidez de la política,
no sobre la alta prez de Tarragona.

Cubra un limpio cendal de paz y olvido
lo que ya el tiempo con su velo entolda,
y á no volver á lo que fué aprendamos
sin ponerle el baldón de la coroza.
Volvamos, pues, la vista á la campiña
que alumbra el cielo azul de Tarragona,
donde Vendrell, Montblanch, Cambril, Espluga,
Ginestar, Vinvodí, Barbará, Amposta,
del Ebro al Francolí, desde Vinebre
á Salou, de Mongat hasta Ulldecona
trescientos pueblecillos blancos sueltos
como nidales de águilas y tórtolas,
Según por los picachos ú hondonadas
se cuelgan, se hunden ó ante el sol se esponjan,
hacen de Tarragona una provincia
bien prendida y gentil como una novia.
La capital, su madre, de la herencia
y del honor de su hija guardadora,
muestra con noble orgullo á los modernos
la augusta antigüedad de que blasona,
y se hace aún admirar severa y digna
en su silla curul ó en la pretoria
como cuando en el Foro ó en el Circo
entraba envuelta en su palmada toga.
Los sillares enormes en que asientan

sus murallas etruscas y ciclópeas
pasman á quien bajo ellas arrebata
la rugiente y fugaz locomotora.
Palacio prelacial y Capitolio,
fábricas refundidas una en otra
se alzan tras ellos, cual pareados buitres
que huyendo van y á respirar se posan.
Detrás, monumental, la santa mole
de su estupenda catedral católica,
con su portada, rosetón y estribos,
honor del arte bizantina y gótica.
Lo que en sí vale, lo que ostenta y guarda,
ni cabe en cuenta ni en papel se anota;
en la Roma imperial fué la primada
y aún por su fuero en la papal se aboga.
Aún la vieja ciudad por donde cava
de su antiguo poder con pruebas topa
y del abismo aún como bostezos
sus huecos abren las romanas bóvedas,
aún aparecen mármoles inscriptos
y medallas doquier que conmemoran
nombres de augures, flámines y cónsules
y rameras y reinas hechas diosas:
y aún el arco triunfal de Bara queda,
de los dos Escipiones la mortuoria

cámara, y el inútil acueducto:
que, pues sin agua está, ya está de sobra.
Queda, en fin, como objeto en quien con ira
el odio universal se desahoga,
la casa del pretor Poncio Pilato:
á cuyas rejas él jamás se asoma,
mas tras cuya pared ver imagina
su maldita visión la fe medrosa,
que ve al trasluz de la Pasión del Cristo
y de la cruenta tradición del Gólgota.

.....

....

Y esto, todo esto, indígena ó exótico,
que de su antigua y su moderna historia,
fantástico ó tangible, real ó absurdo,
aglomeré yo aquí, da á Tarragona
fisonomía tal, tal atractivo,
que absorto el sabio en estudiarla goza,
el necio en ella con deleite vive,
y al poeta le hechiza y le enamora.

Adiós, noble ciudad tarraconense,
con esta poesía áspera y tosca,

va mi agradecimiento; y al enviártele
que advertirte con él debo una cosa:
Yo he de morir como viví, cantando,
no como histrión que ensalza al de quien cobra,
sino como del arte sacerdote
que himnos al arte mientras vive entona;
como poeta de la fe y la patria
que ha de morir en brazos de una y otra.
Adiós; nada me debes por mis versos,
son ruido nada más, como mi gloria.
Adiós; de ti el poeta se despide,
y al irse ¡oh nobilísima matrona!
con gratitud y con respeto besa
de tu romana túnica las orlas.

BARCELONA Y VALENCIA

Barcelona y Valencia son dos hermanas;
y reclinadas ambas del mar á orillas
como dos garzas blancas, son dos sultanas
que tremolan bandera de soberanas
sobre ricas ciudades y alegres villas.
Yo soy huésped en ambas bien recibido;
y en las villas que de ambas son comarcanas,
voy y vengo á mi antojo, paso ó resido:
y doquier, campesinas ó ciudadanas,
á mí, poeta viejo de las Castillas,
al par barcelonesas y valencianas,
desde las pobres huérfanas á las pubillas,
me reciben alegres y oyen ufanas
mis romancejos godos y mis coplillas,
que son mitad muzárabes, mitad cristianas:
y desde las más cándidas y más sencillas
payesas á las damas más cortesanas,

donde á cantar me paro, niñas y ancianas,
oyendo de mis cuentos las maravillas
sonríen al poeta y honran sus canas.

Así que en Barcelona como en Valencia,
doquier que me preguntan: «¿Y tú quién eres?»
digo con ciertos humos de impertinencia:
«Soy el viejo poeta de las mujeres».
Pero en conciencia,
¿qué soy de Barcelona? ¿Qué de Valencia?

Yo de los valencianos hijo adoptivo,
considero á Valencia como á mi madre;
mas cuando á Barcelona vengo, aquí vivo
como si aquí tuviera casa mi padre.
Aquí y allí de raza ni de abolengo
no, sino de cariños títulos tengo;
allí y aquí mis versos en castellano
me dan fuero y derechos de ciudadano,
porque á mi vieja musa mora-cristiana
Cataluña y Valencia ven como hermana.

Mas no es mi vida en ambas muy regalona,
puesto que en ambas vivo como la ardilla
en inquietud perpetua; se me eslabona
una con otra fiesta; de villa en villa,
de teatro en teatro se me pregona;
voy y vengo sin tiempo de tomar silla;
por doquiera me dicen: «¡parla! ¡enrahona!»
Yo suelto de mis versos la tarabilla,
y doquier mi presencia fiesta ocasiona;
porque aquí y allí paso por maravilla,
porque escribí el *Tenorio*, que es quien me abona
lo mismo en Cataluña que por Castilla;
y aquí, cuando en las calles ven mi persona,
dicen los noys que pasan: «Es en Surrilla»,
lo mismo que si fuera de Barcelona.
Mas mi conciencia,
¿qué cree de Barcelona?
¿Qué de Valencia?
Faro de isla cercado de guardabrisas,
camarín alfombrado de minutisas,
ajimez festonado con ramos de oro,
joyel que de cien reinas guarda el tesoro,
sultana de pensiles cultivadora,
latina, provenzala, cristiana y mora,
Valencia es un compendio de los primores

con que ornó al mundo la Omnipotencia,
cuna de silfos, nido de amores,
patria de bardos y trovadores,
vergel poblado de ruiseñores,
pomo de esencia,
jarrón de flores:
eso, señores,
eso es Valencia.

Mas Barcelona
es la muchacha alegre de la montaña,
sana, robusta y ágil: que, rica obrera,
de un blasón que mancilla servil no empaña
y un condal nobilísimo feudo heredera,
tiene al pie de un peñasco que la mar baña
y de un aro de montes tras la barrera,
un campo con mil torres para cabaña,
por toldo y guardabrisa la cordillera,
por taller la más rica ciudad de España,
por mercado las plazas de España entera;
y obrera que de estirpe noble blasona,
da á la historia de España su prez guerrera,
el florón más preciado de su corona,
el cuartel más glorioso de su bandera.

Artesana, que ciñe condal corona,
en el taller sin penas trabaja y canta;
con hilos y alfileres hace primores;
en un puño de tierra cultiva y planta
viñedos y olivares que, en vez de flores,
en sus breñas y cerros, lomas y alcores
diestra escalona,
cuida y abona
con cien labores:
eso, señores,
es Barcelona.

Valencia es la florida puerta del cielo,
el balcón por donde abre la aurora el día;
Dios por él de la España bendice el suelo
y la salud, la gracia y el sol la envía.

Valencia es un florido pensil modelo,
mansión de los deleites y la alegría,
á quien sirve de cerca, de espejo y velo,
á sus plantas echada, la mar bravía.

Valencia está debajo del paraíso;
y cuando Dios le priva de su presencia,
por el balcón del alba, sin su permiso,
los ángeles se asoman á ver Valencia.

Valencia es alkatifa de cien colores
de Dios tendida para una audiencia,
donde del cielo los moradores
de Dios derraman en la presencia
ramos de flores,
pomos de esencia:
eso, señores,
eso es Valencia.
Valencia, más hermosa, más cortesana,
es más joven, más libre, más moslemina;
Barcelona es más hosca, menos galana,
más morena, más seria, más bizantina:
aquélla más coqueta, y ésta más llana.

Valencia afecta á veces ser campesina,
mas bravea con humos de soberana:

y es una rubia y gracil hurí-cristiana,
que viste por capricho de tunecina.
Valencia dice á todos que es hortelana
y es una neerlandesa pálida ondina
que duerme en una rica concha perlina;
y del mar en la espuma blanca y liviana
canta á la arrebolada luz matutina,
vestida por capricho de valenciana.
Barcelona es el cráter donde fermenta,
con el hierro fundido y el fuego denso,
el espíritu hermano de la tormenta
que se pasea, de ella sin tener cuenta,
sobre el móvil abismo del mar inmenso.

Valencia es la hada núbil de la alegría
que respira de rosa y ámbar esencia;
la Venus Afrodita del Mediodía,
de quien ver deja ignuda la gallardía
de un pudor algo moro la transparencia.

Barcelona es Minerva ya desarmada;
cuyo manto, que lame la mar bravía

salpicando de perlas su orla murada,
lleva en lugar de armiños y pedrería
la greca de su vuelo y cauda bordada
con rieles y máquinas de ferrovía,
con espolones, hélices y anclas de armada.
Mas Barcelona...
Barcelona es la reina del mar Tirreno,
cuyas ondas azules cubre de lona;
y á los hijos activos que da su seno
la posesión del mundo dar ambiciona.

Barcelona es un águila de vuelo altivo,
fénix que, renaciendo de sus cenizas,
torna jardín su suelo duro al cultivo
y en palacios sus viejas casas pajizas.

Barcelona, á quien nutre vital exceso,
late con los volantes de sus talleres,
se remonta en las alas de su progreso,
brilla con la hermosura de sus mujeres:
y cuando Dios se ausenta del paraíso
y duerme Barcelona de noche, al peso

del trabajo rendida, sin su permiso
baja un ángel por todos á darla un beso.
Porque del cielo los moradores,
mientras los mundos Dios inspecciona,
al noble pueblo que en sí amontona
turbas de pobres trabajadores,
cuyo trabajo con Dios le abona,
como á una virgen limpia de amores
cuya alma el cuerpo casto abandona;
del huerto Edénico
con lauro y flores
tejen los ángeles
una corona;
y esa, señores,
cae de sus manos
en Barcelona.
Yo idolatro á Valencia por su hermosura,
su luz, su poesía, la donosura
de su gente, sus usos, trajes y aliños;
y de un amor primero con la fe pura,
la doy de hijo y amante los dos cariños.
Pero amo á Barcelona por tiranía
de ley inevitable de mi destino:
Dios condenó al trabajo la vida mía;
morir sobre el trabajo tengo por sino.

Barcelona trabaja... y á su existencia
el trabajo da fuerza, pan y alegría:
que me dé cuando expire tumba Valencia,
pan Barcelona, mientras mi inteligencia
Dios alumbre y mis ojos la luz del día.

Olvidaba que entre ambas hay diferencia:
no en la tierra; en el cielo; pero os aviso
que es secreto que á solas flarme quiso
el buen ángel que alumbra mi inteligencia.
La diferencia es ésta; pero es preciso
que Valencia lo ignore: cuando en ausencia
de Dios se quedan dueños del paraíso
y con la luz del alba, sin su permiso,
los ángeles se asoman á ver Valencia...
es porque á Barcelona Dios en persona
baja en el sol, y, absorto de complacencia,
se olvida de los ángeles en Barcelona.

Valencia, alméa grácil y encantadora,
trova, canta, recita, danza y se expresa

en voz, acción y gracia tan seductora,
que atrae, fascina, embriaga, turba, embelesa,
magnetiza, avasalla, rinde, enamora,
y en tierra con las almas da por sorpresa.

Barcelona, valiente, ruda payesa
con timbres y con fueros de gran señora,
labra, teje, cultiva, destila, pesa,
funde, lima, taladra, cincela y dora;
y ejemplar sólo de alta noble condesa
con corazón de obrera trabajadora,
con el trabajo nunca de latir cesa;
y apresurada siempre tras ardua empresa,
hierve como encendida locomotora:
cuande se mueve, asombra: cuando anda, pesa:
respira fuego y humo cual los volcanes,
y estremece la tierra, como si dentro
de ella fuera la raza de los titanes
queriendo de la tierra cambiar el centro.

Barcelona y Valencia son dos hermanas,
pero una es blanca y rubia y otra morena:

son por naturaleza dos soberanas;
pero la una celeste, la otra terrena.
Valencia es la versátil hija del cielo,
á quien Dios por herencia dió un paraíso;
Barcelona, hija de Eva, vive en anhelo
de tornar por sí misma su estéril suelo
en el Edén que el cielo darla no quiso.

VALENCIA

Ayer os dijo mi poesía
lo que Valencia la parecía;
mas os lo dijo tan de improviso,
que hiló sus frases como Dios quiso;
con tanto aplauso desvanecida
ayer mi musa gárrula y loca,
vieja habladora y entremetida,
versos y flores
puso en mi boca.
Pero, señores,
siendo Valencia
mansión de Flora,
plantel de bardos y trovadores,
fué impertinencia,
pues su tierra é ingenios
los dan mejores,
ofrecer á Valencia
versos ni flores.

Valencia es la florida puerta del cielo,
el balcón por donde abre la aurora el día;
Dios por él de la España bendice el suelo,
y la salud, la gracia y el sol la envía.
Valencia está debajo del paraíso;
y cuando Dios le priva de su presencia,
por el balcón del alba, sin su permiso,
los ángeles se asoman á ver Valencia.
Entonces es Valencia jardín del cielo,
mansión de los deleites y la alegría,
á quien sirve de cerca, de espejo y velo,
á sus plantas echada la mar bravía.
Valencia entonces, que en la mar se baña
envía á Dios su matinal perfume;
esencia de los gérmenes que entraña
de ámbar y mirra que ante Dios consume.
Dama feudal de ilustración latina,
sultana moslemí vuelta cristiana,
que aún usa de la fabla lemosina
y se perfuma aún como africana,
desparrama en las auras de su ambiente
su voz vital y su hálito de aromas,
el rocío al soltar resplandeciente
de las palmas y mirtos de sus lomas,
que sombra dan á su morena frente.

Valencia entonces, perla de España,
gárrula alondra que se despierta
y en la alba espuma del mar se baña,
de ojo, de pico y alas abierta,
rompe en ese himno cuyo almo canto
seguir no pueden ritmo ni verso,
que alzan al único Dios sumo y santo
todos los átomos del universo.
Valencia entonces perfuma á España
y sus provincias cubre de flores,
y aras, teatros, corte y cabañas,
la vida aspiran en sus olores.

Valencia, entonces, la lemosina,
suelta sus pájaros y trovadores,
y canta á España la voz divina
de sus poetas y ruiseñores.
Flores ni versos ¿quién da á Valencia,
de sus poetas en competencia?
Por eso os pido
gracia y excusa,
perdón y olvido
para mi musa,

que ayer debía
con sus canciones
no hablar á vuestra rica fantasía,
sino á vuestros hidalgos corazones.

Luz de estrella cerrada con guardabrisas,
camarín alfombrado con minutisas,
ajimez festonado con ramos de oro,
joyel que de cien reinas guarda el tesoro;
sultana de las flores, edén del Mediodía,
muestrario de primores, mansión de la alegría,
nidal de ruiseñores, conjunto de armonía;
privilegiada tierra del mar azul señora,
donde se da y se encierra cuanto la tierra cría;
latina, provenzala, cristiana á par y mora
que un germen atesora de amor y poesía...
Cómo osaría
¡oh almoravid Sultana! ¡oh espléndida Valencia!
¿cantarte de tus bardos en presencia
la vieja musa mía?
¿Qué te podría
decir ahora
mi poesía?...

á ti que estás debajo del paraíso,
y cuando Dios le priva de su presencia,
por el balcón del alba, sin su permiso,
los ángeles se asoman á ver Valencia?

ALICANTE

¿Quién eres tú, que ostentas, al par cristiana y mora,
emblemas de sultana con timbres de señora,
y el mar azul te baña y el rojo sol te dora
y estás como entre perlas un tallo de coral?
Yo no te he visto nunca, pero de ti sé historias,
oí de ti mil veces hacer nobles memorias,
enaltecer tus dotes y celebrar tus glorias,
y te admiré en trasuntos sin ver tu original.
Lucentia ó Al-ikante, moslémica ó latina,
te he visto con el alma, si no con la retina;
te he visto... y estoy viendo tu imagen peregrina,
que de tu mar tranquila se espeja en el cristal.
Hermosa y opulenta, tú guardas en tu seno
los ópimos productos de tu feraz terreno,
los que de Europa y Asia te trae el mar Tyrreno,
que tus riberas orla como el festón de un chal.

Ciudad bizarra del Mediodía,
que tantas veces he visto en sueños
entre horizontes siempre risueños,
radiando siempre luz y alegría,
cercada de aires siempre abrileños,
y un mar que tiene siempre en bahía,
de extraños climas y extraños dueños,
mil barcos llenos de mercancía...
deja un instante que en ti se inspire,
que en torno tuyo circule y gire,
trazando loca mi fantasía
vertiginoso mariposeo...
deja que gárrula, y antes que expire,
sacie el deseo
de que en tu atmósfera vuele y respire
suelta y sin guía
con su último aleteo
mi poesía.

Con las dotes y encantos de tu belleza,
con las esplendideces de tu riqueza,
con cuanto en tu hondo anhelo, jamás extinto
de gloria y de grandeza,

hacinaste en diez siglos en tu recinto,
siento que acalorando mi viejo instinto
de perderme en delirios, hoy me provocas
¡oh Alicante! y á mi alma ciega colocas
en las encrucijadas del laberinto
de mis viejas y absurdas ideas locas.
Siento que empieza
á hervir un pandemónium en mi cabeza.
¡Sus! ¡Ya de tus impulsos llevar me dejo:
lánzame á mis delirios del tiempo viejo!
Surge brillante,
surge á la luz febea
de mí delante!
¡Surge, que yo te vea;
surge, Alicante!

¡Qué gentil, qué gallarda te me apareces;
mucho te me encomiaron: bien lo mereces!
Al mirarte, en ti veo no más que hechizos:
te da el alba sus tocas de niebla y bruma,
el sol de su áurea crencha te da los rizos,
el mar por chal del cuello te da su espuma,
los tres, luz á tus ojos antojadizos.

Son tu dosel tus montes que te dan sombra,
tu manto tus campiñas, el mar tu alfombra;
tu corona las torres de tus castillos,
tus minas los diamantes de tus zarcillos,
tus palmas de tus tocas los alfileres,
tus ciudades las perlas de tus anillos,
tus aldeas, los broches y los cintillos
del ceñidor y ajorcas que tú prefieres,
cuando al uso y con joyas de bereberes
prenderte quieres
talle, brazos, muñecas, cuello y tobillos.
¡Qué hermosa eres!
¡Qué amada por tus hombres y tus mujeres!
¡Dios, Alicante,
de sobre ti su amparo nunca levante!
Dichosa te hizo el aire que aquí te trajo,
mas tú doblas tu dicha con tu trabajo:
prez te da doble
la labor que fomenta tu prez de noble.
Industrial, fabricante y agricultora,
cuidas tu doble herencia, cristiana y mora:
utilizando ríos y hasta torrentes,
canalizaste acequias, abriste fuentes,
y has sabido hacer huertos de tus pantanos
y de estepas estériles hórreos de granos.

No hay palmo de tu tierra que no produzca,
ni á útil labor camino que no conduzca;
doquier ruge la máquina, doquier humea
candesciendo los hornos la chimenea;
y hoy tu recinto
de almacenes y fábricas es laberinto.

Tus ciudades, tus villas y lugarejos
parecen mariposas vistos de lejos;
vistos de cerca,
cisnes que se sombrean junto á una alberca.
Son fruteros fragantes Aspe y Jijona;
monte de maravillas es el de Aytona.
De Alcoy son prez y orgullo vías y puentes,
cañadas laberínticas y altas vertientes.
Tienen Elda y Monóvar, pobres de vegas,
el néctar de los dioses en sus bodegas.
Denia, con sus deformes ruinas y escombros,
da á quien los ve abordándoles
sustos y asombros.
Soñar con caravanas y bayaderas
hace Elche entre las frondas
de sus palmeras;

y algunas, cuyo polen logra llevarse
el viento, y alto ó lejos van á arraigarse,
de los montes las cumbres y los picachos
crestonan de sus palmas con los penachos.
Hoy posées la riqueza con la hermosura
y á tu riqueza iguala tu donosura;
y doquier, sin hosqueces de lugareña,
con donaire tu gente se ve y se enseña;
tu territorio
de cultura y de tráfico
fué siempre emporio.

Todo en ti es pintoresco, vistoso y rico,
cada vista es un centro de un abanico;
tus vegas, tus marinas y tus boscajes
dan perspectivas únicas á tus paisajes,
y la luz de oro suave que les alumbra
les nimba con un áurea tenue penumbra.
Todo es en ti fructífero, todo salubre,
todo germen de vida cuanto te cubre.
El manto verde y oro de tus llanuras
te tejen con sus randas y bordaduras
tus florestas ubérrimas de hojas y frutos,
cultivados y dulces, ó agrios y brutos.

El nogal corpulento que campa solo,
y el granado y el guindo y el acerolo,
y el limón y el naranjo de tonos vivos,
y el manzano interpuesto con los olivos,
y el moral y el castaño con el madroño,
y el níspero con brotes siempre en retoño,
vegetación espléndida, rica en herbajes,
salvia, espliego, ajedrea, pasto y forrajes;
porque es tu suelo
un rincón de la gloria robado al cielo.

Y en los pliegues del manto
de tus campiñas
encepan tus famosas parras y viñas,
de cuyos tan zumosos racimos salen
los rancios que otros no hallan
que los igualen.
Tal vez tuvieron menos vigor, aroma,
nitidez, arropado, sabor y gusto,
el Falerno y el Cécubo que sirvió en Roma
á Horacio y á Virgilio César-Augusto:
porque dan á tus rancios y malvasías
de su aroma y sabores el largo dejo

y su color topacio rubio-bermejo
tus guindas, tus granadas y tus pavías.
Sabrosos, nutritivos y espirituosos,
igual que los de pasto los generosos,
como por tierra adentro, mar adelante,
priman por superiores los de Alicante:
Dios darte quiso
á beber la ambrosía
del paraíso.

Ciudad coqueta cuyos hechizos
ves en las ondas de un golfo azul,
que á tus pies vienen á hacerse rizos
y á deshacerlos, resbaladizos,
susurradores y movedizos,
asemejándote con Estambul,
como el cristal del golfo,
que el mar te ensancha,
cuando por él en rumbo no hay aparejo
de vela, ni blindado vapor, ni lancha,
y está de plata virgen como una plancha,
sin una arruga, sin un reflejo,
tu historia es otro espejo
sin una mancha.

De gloriosos recuerdos guardas tesoros;
lidiaste con romanos, francos y moros,
con austriacos, ingleses y aventureros,
conservando tus timbres limpios y enteros;
y contra todos siempre lidiaste sola,
siempre fiel, siempre honrada,
siempre española;
y en el salón, lo mismo que en el mercado,
de lealtad y decoro fuiste dechado;
mora ó cristiana,
siempre campas con humos de soberana.

¡Adiós! No te vi nunca, ni ya he de verte;
siento ya tras mi huella las de la muerte;
mas si verte no pude, supe soñarte
y morir no he querido sin saludarte.
¡Adiós! alegre ciudad hispana,
leal y franca como burguesa,
cual labradora, sencilla y llana;
siempre de patria traición ilesa,
noble y rumbosa como princesa
de doble origen, mora y cristiana.
Querer cantarte fué vana empresa,

mas no me pesa:
fué sin malicia aviesa, mi intención sana.
Mi audacia excusa, mi canto cesa:
cuando en mi huesa
duerma mañana...
¡alguna vez recuérdame
ciudad galana!

MURCIA

De piedra un albo Santuario,
del que hizo la devoción
un valioso relicario
con un anuo aniversario
de anual peregrinación,

de un verde monte en la loma
que de azahar exhala aroma
y tiene á Murcia á sus pies,
blanquea como paloma
anidada en un ciprés.

Aquel monte es un tesoro
de fe y de vegetación
desde los tiempos del moro;
rebosa el santuario en oro
y el monte es de oro un montón.

El monte es de tradiciones
poéticas un arcano:
dos razas, dos religiones
las sembraron á montones
bajo él con sangrienta mano.

Siete siglos de pelea
costó encender á las dos,
del incendio con la tea,
el faro que hoy centellea
sobre él con la Cruz de Dios.

Huyó la grey musulmana
allende el mar; campa sola
ya en Murcia la Cruz cristiana,
y allí hace hoy la fe murciana
su romería española.

Original romería
de aquella tierra del sol,
de la fe y de la alegría:
de un pueblo de esos que cría
no más el suelo español.

Pueblo típico y genuino
de la España recobrada
del Tetuaní y Tunecino,
que aún mezcla al ritual divino
los lelés de una algarada.

Pueblo ardiente de huertanos,
que, aún con trajes y usos moros,
dan á los ritos cristianos
remates mahometanos
de fuegos, zambras y toros.

Vencedor establecido
en el hogar del vencido,
aún vive sobre su pista,
á lo ganado adherido
por él en su reconquista.

Vive católico y muere
con católicas exequias;
mas siembra, riega é ingiere
cual moro, de quien prefiere
usos, aperos y acequias.

Y no se deshonra en eso,
ni se atasca en el progreso;
á su conquista se apega
y el carácter guarda ileso
de su hogar y de su vega.

Pueblo sobrio, sano y fuerte,
aunque entre flores se cría,
mientras vive se divierte;
sin miedo espera á la muerte
y en Dios al morir se fía.

Tierra y gente son aquéllas
de tan bravos caracteres,
que en ella son, ellos y ellas,
los hombres como centellas,
como estrellas las mujeres.

Pueblo es aquél á quien debo
últimas horas tan gratas,
que aún me creí allí mancebo;
y aún en mis oídos llevo
su aplauso y sus serenatas.

Por mí en su amistad extrema
y extrema galantería
hay de un buen libro un buen tema;
mas ya labrar no podría
de gratitud tal poema.

De mi rápido camino
por país tan peregrino,
no puede al pueblo murciano
dar ya más mi ingenio cano
que este recuerdo mezquino.

Volvamos al monte aquel
y al tiempo tradicional
en que, en manos del infiel,
aún no blanqueaba sobre él
el rico Santuario actual.

Dejemos para otro día,
y para otra poesía
más realista y más cristiana,
la alegre fiesta murciana,
que va al monte en romería;

y volvamos mente y ojos
al tiempo ya inmemorial
de cuentos, sueños y antojos,
que da hastío y causa enojos
al filosofismo actual.

Y dejadme aquí ingerir,
aunque á mí no me competa,
lo que aquí voy á decir
como ilógico poeta
que divaga al discurrir:

y es: que en España, á quien no inquieta
de hoy el negro porvenir,
que á la ley mal se sujeta,
de cuya vida son meta
hogar, cantar y reñir,

podrá su fe y poesía
arrojar al albañal;
mas dejadme que me ría
de vuestra filosofía
predicada á pueblo tal.

Aquí, en nuestra buena España,
donde se duerme la siesta,
donde se canta la caña,
donde el trabajo molesta
y es la vida una cucaña,

quien parece que medita
reflexiona ó filosofa...
sueña, está en Babia ó dormita;
que no es país de la estofa
del de el griego Estagirita.

Á este sol del Mediodía
se filosofa tan mal,
que España tiene hoy en día
en una guitarrería
su piedra filosofal.

Y dejando también esto
para mejor ocasión
y sitio en que esté bien puesto,
volvamos al curso y texto
de mi rota narración.

Vamos, pues, al monte aquel,
á ver si damos por fin
con la tradición que en él
y de Murcia en el jardín
dejó tras sí el moro infiel.

Sinfonía, introducción
ó escena preparatoria
de la árabe tradición,
surge aquí la precisión
de hacer un poco de historia.

Horas acaso después
de la en que vió de través
dar á su infausto destino
con su gloria el damasquino
Khalifato cordobés,

vió Murcia que la invadía,
viniendo por Almería,
de moros una caterva,
que como el agua y la yerba
se aglomeraba y crecía.

De aquel árabe aluvión
jamás la fecha y la historia
supimos con precisión:
guardan de él turbia memoria
poesía y tradición.

Mas Murcia fué siempre tierra
muy bien mirada por Dios,
y el germen del bien que encierra
la ha llevado en paz y en guerra
siempre de su bien en pos.

Se habla de un emir dichoso,
un Abú-Bekhr-al-Kaisí,
que es el tal vez fabuloso
Aarum-ar-Raschil famoso
de las leyendas de allí:

y debió este emir sin duda
nacer con muy buena estrella;
pues catástrofe tan ruda
de él solo vino en ayuda
y él solo ganó con ella.

La Omíade dinastía
cordobesa cayó en brazos
de otra raza más bravía,
y á robarla sus pedazos
se echó toda Andalucía.

Abú-al-Kaisí con destreza
sagaz, con tenaz firmeza
y con audacia oportuna,
supo atar á la fortuna
de su hueste á la cabeza:

y se dió tan buenas trazas,
que de toda Andalucía
táifas, tribus, huestes, razas
á su corte y á sus plazas
y á su sueldo se atraía.

Su emirato, por mezquino,
despreció y dejó en su mano
el rey moro granadino;
y sobre Murcia no vino,
mientras él reinó, el Cristiano.

Con diplomacia sagaz
y constancia pertinaz,
de su fértil territorio
fué haciendo un pequeño emporio
de los bienes de la paz.

Pronto acudieron terrenos
á demandar al emir
cuantos labradores buenos
y tratantes agarenos
ansiaban en paz vivir;

y al vago y al tornadizo,
y al levantino alistando
en su pendón fronterizo,
de su turbulento bando
se aprovechó y se deshizo.

Poblóse Murcia de gente
honrada é inteligente,
útil, laboriosa y buena;
y un alba de paz serena
despuntó en un nuevo oriente.

De la paz santos baluartes,
surgieron en todas partes
molinos, agricultura,
comercio, escuelas... la holgura
del tráfico y de las artes.

Al pie de la fortaleza
se levantó la mezquita;
y un trabajo sin pereza
trajo á Murcia la riqueza
con la paz por Dios bendita.

Al Gualentín y al Segura
sangrando ó poniendo presas,
vertió al-Kaisí en la llanura
raudales de su agua pura
por huertos, prados y dehesas.

Los montes, hoy tan pelados
y de árboles tan escuetos,
eran bosques enramados,
que albergue y pasto en sus setos
daban á caza y ganados;

y este emir, genio del bien,
de Murcia amparo y sostén,
logró de Murcia por fin
hacer primero un jardín
y por último un edén.

Y el monte aquel, tras del cual
vamos por este papel
buscando aquel oriental
relato tradicional
que dejó el árabe en él,

era entonces ramillete
de árboles, yerbas y flores,
que exhaló, como un pebete
de un hada en un gabinete,
en la aura un millón de olores;

que aún hoy las brisas aspiran
y sobre Murcia las tiran,
y en su huerta los derraman
cuando sobre Murcia giran
y en ella los desparraman.

Tenía y tiene una grieta
el monte aquel, una veta
del terreno el más fecundo,
que á ningún azar sujeta
de los azares del mundo;

es una extensa cañada,
copia del Edén perdido,
de los vientos abrigada,
de la escarcha resguardada
y de oropéndolas nido.

Allí se dan, coetáneos
y á miles, flores y frutos
disímiles y espontáneos;
con los más suaves geráneos
los nísperos más hirsutos:

cuyo polen y semillas
conducen allí en sus picos
las errantes avecillas,
el insecto en sus alillas
y el aire en sus abanicos.

Y aquella fértil cañada,
que es de Murcia la portada,
de quien su huerta es alfombra
y á quien da el monte la sombra
del toldo de su enramada,

es canastillo de rosas,
foco de restauradores
y vivíficos vapores,
fanal de las mariposas
y nidal de ruiseñores;

en donde jamás entrada
ni el mal ni el duelo han tenido;
do adverso no llegó nada,
ni aura de peste infestada
ni de terremotos ruido.

Tal era el edén murciano
cuando Abú-Bekhr-al-Kaisí
de él era emir soberano;
y ahí va de él en castellano
lo que en árabe leí.

Dice un rawi musulmán
que Murcia es un tulipán
con aroma de jazmín,
que Dios regaló al sultán,
que su huerta hizo jardín;

que su huerta es un vergel
que da en su tierra jugosa
desde la palma al clavel,
y una fruta más sabrosa
y más dulce que la miel.

Murcia es un pomo de esencia,
que guarda los mil aromas
de toda la eflorescencia
que hoy va buscando la ciencia
por bosques, valles y lomas;

la flora y los vegetales,
legumbres y cereales
de más ricas producciones
y sustancias más vitales
de las más ricas regiones.

Tierra en que todo se engendra
lábrenla mexuar ó táifa;
do se azucára y se acendra
desde la cidra á la almendra,
desde el higo á la azufaifa;

del sacro laurel del Pindo
hasta el naranjo de China;
desde el toresano guindo,
hasta el agrio tamarindo
de Egipto y de Palestina;

desde el nardo y la azucena
hasta el balsámico aromo,
de la rústica verbena
y la humilde yerbabuena
de Alepo hasta el cinamomo.

Desde las al tacto esquivas
mimosas y sensitivas,
hasta el argentado pobo;
desde el lustroso algarrobo
á las mates siemprevivas.

Desde el moral bergamasco
que da el fruto en sangre tinto,
y el moscatel de Corinto,
y el durazno de Damasco,
de Siria hasta el terebinto.

Murcia, del Sol favorita,
que la baña en áurea luz,
de Alah y Jehová bendita,
es una árabe mezquita
crestonada por la Cruz.

Murcia es un kiosco florido,
escondite de una hurí
que huyó del Edén sin ruido;
celeste alondra, que un nido
descendió á labrarse allí.

De Murcia un moro esto dice
contando esta tradición,
de la cual traducción hice:
sin que de ella garantice
ni verdad ni traducción.

Á SEVILLA

¡BUEN AÑO NOVENTA Y DOS!

Ciudad hermosa sin par,
Venus del Guadalquivir,
que el aliento al exhalar
hueles á rosas y azahar
como el kiosco de un emir,
ya más no te puedo dar;
mi vida está al concluir:
¡Sevilla... acepta el cantar
de un viejo que va á morir!

I

De niño á Sevilla fuí,
nunca supe bien á qué;
mi padre me llevó allí,
y un año en ella pasé
y algo de ella quedó en mí.
Algo de lazos tan flojos,
que aún no eran pujos ni antojos
de la memoria; y tan vagos
como bruma de los lagos
y humareda de rastrojos.
Turbias ideas lejanas
de una gran torre, de un puente,
de procesiones, campanas,
toreros, frailes, gitanas,
mucho ruido y mucha gente.

Á un gran colegio asistí
donde latín estudié,
creo que hasta el quis vel quí;
vi á Sevilla, y lo que vi
con el latín lo olvidé.
¡Fuí tan niño!—Antes de mozo
me elevó mi suerte á hombre:
me vi con grande alborozo
poeta un día; renombre
me dieron... ¡y di en un pozo!
Con la gloria me cegué:
con ella alcázar creí
tornar mi casa, y erré:
cuando á mi casa volví,
vendida me la encontré.
Quedé con mi poesía
pobre, solo y vagabundo.
¡Ya más caudal no tenía!
Me eché á vagar con la mía
por la soledad del mundo.

II

Volví á Sevilla después;
desatalentado y loco,
erré por Sevilla un mes...
Grande, aunque el tiempo fué poco,
de ella mi recuerdo es.
Dí allí con el noble autor
de Don Álvaro el Indiano:
aquel sin par narrador,
prez de Sevilla y honor
del Parnaso castellano.
¡Qué duque aquel! Quien le vió,
le amó con verle no más;
y aquel á quien él amó,
si vive aún, como yo,
no lo olvidará jamás.

En su alcázar me hospedé,
tratóme como á un hermano;
guardóme amistad y fe
siempre... y le lloro y me ufano
para mí por lo que fué.
Llevóme á admirar con él
cuanto Sevilla hoy encierra
en prodigios del pincel,
de la escuadra y del cincel
de los hijos de su tierra.
Sevilla es un gran museo,
do á cada paso tropieza
del vago artista el deseo
del arte con un trofeo,
ó un gran colmo de belleza.
Se da allí tras cada esquina
con leyenda ó antigualla,
ya pagana, ya divina:
la idea allí no imagina
tantas como las que hallà.
Y así del buen duque en pos,
hojeando aquel repertorio
de consejas, di con dos:
las de un Rey y de un Tenorio:
¡que me lo perdone Dios!

Don Juan se mantiene erguido
del tiempo contra el vaivén;
y el Rey en pie se ha tenido;
porque aún de él nadie ha podido
saber todo el mal ni el bien.
Mas todo lo hila y lo enmienda
el tiempo y tal vez le saque
bien de tan larga contienda;
mientras haya quien le ataque
ha de haber quien le defienda.
Y el tiempo irá luz haciendo,
é irá la filosofía
y la crítica extrayendo
la verdad; y cada día
más clara se la irá viendo.
La erudición doctrinaria,
ya vieja y corta de vista,
continuará rutinaria
sosteniendo atrabiliaria
la mala fe del Cronista;
mas sus alegatos flojos,
forzados, truncos y cojos,
los subterfugios serviles
de sus reticencias viles,
cuyo fin salta á los ojos,

son un trabajo tan zurdo,
que de su tejido burdo
va ya la lógica fría
descartando la falsía,
el prejuicio y el absurdo.
Pues ¿quién va á creer hoy que cuantos
le arrastraron á ser cruel,
acosándole entre tantos,
eran todos unos santos
y el criminal sólo él?
Pues qué, ¿fueron que él mejores,
de infamias y vicios fardos,
de honra y tierras salteadores,
los siete veces traidores
y adulterinos bastardos?
Pues sus madre, esposa y tía
¿no fueron de rebeldía
toda su vida señuelos,
y banderines y anzuelos
de enganche y de bandería?
Pues ¿peores que él no son
aquel gran rey de Aragón,
y aquel rey de Portugal,
y aquel Papa de Aviñón
que le trataron tan mal?

Pues ¿su valor tan entero
no trocaron en fiereza
una nobleza y un clero
en perenne desafuero
con su ley y su realeza?
Hoy no podemos juzgar
aquel modo de vivir,
aquel modo de reinar,
aquel modo de matar
ni aquel modo de morir.
Tal rey es en quien empieza
la acción del pueblo en Castilla,
dando el rey en la cabeza
á un clero y una nobleza
del reino entonces polilla.

III

¡Divago!... Quédese aquí:
si con Don Pedro y Don Juan
cuando fuí á Sevilla di,
fué porque en Sevilla están;
conque volvamos allí;
que á la gente sevillana
no hay por qué se la desdeñe
por la gente castellana;
aunque á veces se pergeñe
con zorongos de Triana.
El sevillano, que es vivo
de ingenio, sagaz y activo,
ciencia, artes, comercio y trato
cultiva: y es instintivo
el rumbo en él y el boato.

Bajo un sol fermentador
de todo germen vital,
mora en la tierra mejor
que hacer plugo al Criador
en el globo terrenal.
Para todo apto, entendido
en todo, fino de oído,
con buen gusto y buena vista,
pintor y escultor ha sido
y músico y siempre artista.
Con sus pujos de torero,
caballista y caballero,
es majo y sabe majear;
es rico y sabe gastar
bien y á tiempo su dinero.
De su pueblo, inteligente,
pundonorosa y valiente,
por el honor y el hogar
hoy, como antaño, la gente
va siempre en primer lugar.
Antaño, al ver por su río
el paso á América abierto,
de su clero y señorío,
de su pueblo y mujerío
se embarcaron de concierto

cien millares de andaluces...
tratantes de lanza y yelmo,
frailes de cota y capuces,
togados de daga y cruces,
con pilotos de San Telmo,
para ir á través del mar,
nueva tierra, nuevo sol
y nueva prez á buscar,
un nuevo mundo por dar
á Dios y al pueblo español.
De sus Universidades,
colegios, claustros y escuelas,
más de mil celebridades,
por el mar de las edades
tienden hoy todas sus velas.
Sevilla fenicia, goda,
griega, arábiga y romana,
su herencia conserva toda;
y grande artista cristiana,
todo bien se lo acomoda.
Por eso tuvo á Sevilla
por su más rico florón
la corona de Castilla;
y ciudad no hubo ni villa
más preciada en la Nación:

Sin rival en la nobleza,
sin par en la gentileza,
y en fe, gracia y rumbo sola,
Sevilla es toda española,
de los pies á la cabeza.
Maestra del gay saber,
escuela del buen decir,
todo bien lo sabe hacer:
y quien vino allí á nacer,
sólo allí sabe vivir.
Su guzla y su pandereta
se dejó en Sevilla el Moro,
y en cada calle y placeta
hay de alegría un tesoro
y un cantaor y un poeta.
Por ella el tiempo no pasa;
Dios derramar allí quiso
la luz y el placer sin tasa,
y el patio es en cada casa
un rincón del paraíso.
Todo en Sevilla se olvida;
su gente allí se divierte,
canta, baila, cuenta y cuida
de no pasar en la vida
más pesar que el de la muerte.

IV

Sevilla, ¿qué más deseas
si Dios te da cuanto quieres,
y no hay cien mujeres feas
entre tus cien mil mujeres?
¡Buen año, y bendita seas!

CÁDIZ

I

Naciste como Venus, del mar entre la espuma
y entre coral y nácares: así naciste tú
sobre el turquí Océano, y en él estás prendida
cual broche de diamantes en cachemir azul.
La historia de tu origen, de tu niñez sin cuitas,
de tu tranquila, plácida y alegre juventud,
es como cuento de hadas y canto de sirenas
del plenilunio oídos á la serena luz.
No tengo aquí ni tiempo, ni espacio... ni cabría
en este como mío decrépito cantar,
la historia de tu origen, la más maravillosa
de cuantas hoy nos quedan de tan remota edad.
Tú estabas como Venus radiante de hermosura,
de juventud y vida bañándote en el mar,

cuando por él cruzaban en sus repletas naves
los que eran de él entonces señores sin rival.
Los Cresos navegantes de Tiro y de Cartago
te hallaron tan valiosa, tan pulcra y tan gentil,
que, artistas caprichosos al par que mercaderes
y ansiando sus tesores depositar en ti,
te hicieron su joyero, poniéndote á porfía
enjoyelada al uso de su natal país,
cual pone diestro artífice á un hondo y bien tallado
tazón de lapislázuli pie y asas de marfil.
Desde Gerión arranca tu original historia,
un déspota que alcanza los tiempos de Tubal,
y que metió en tus términos un pueblo de gigantes
que en ti dejó con ellos sus huellas de Titán.
Después, de razas índicas, fenicias, faraónicas,
hoy átomos de gérmenes difíciles de aunar,
las gentes más extrañas por tierra y mar vinieron
un haz de maravillas á hacer de tu ciudad.
Fundáronte y fundiéronte por tema y á porfía
vertiendo en ti tesoros á quien podía más,
de cuanto más valiosos los bosques en maderas,
en mirras, gomas y ámbares incorruptibles dan,
y pórfido las minas y malaquitas y ágatas,
y sus filones vetas de piedra y de metal,
los criaderos ópalos, rubíes y esmeraldas,

marfil los paquidermos y nácares el mar.
Triángulo cerrando con Tiro y con Cartago,
el tráfico abarcabas del mar en la extensión:
tus templos, tus alcázares, tus circos, tus hipódromos
de blanco mármol eran y de sin par labor;
tus torres, tus murallas, tus puentes y tus pórticos
con los de Grecia y Roma sufrían parangón,
y gloria entonces eras, y reina de ambos mares,
por Gibraltar teniéndolos asidos á los dos.
Mas ¡ay! desventurada de la que nace hermosa:
fiaste en la fe púnica del vil cartaginés;
te galanteó mintiéndote, te alucinó engañándote,
creístele tú cándida y te envolvió en su red.
Llegó como tu amante de esposo con promesa,
desembarcó tu aliado; mas con falaz doblez,
te esclavizó tirano, te enemistó con Roma
y contra Roma pérfido en ti afirmó sus pies.
Tú perspicaz, empero, supiste inteligente
y de la fuerza bruta con superior desdén
al generoso César abrir tu templo de Hércules
y hacerte en sus altares idolatrar por él.
Triunfó tu gran cultura de la altivez latina,
pagóse de ti César y te pagó á su vez
á Roma equiparándote, te dió ciudadanía
y te dejó su aliada, no sierva de su ley.

Tus hijos libres fueron, de Roma ciudadanos,
al Foro y al Senado romanos á dar prez:
á Cicerón tuviste por abogado, á Balbo
por ejemplar eximio de tu valiosa grey,
y alguno de tus hijos bajó después del triunfo
para ir del Capitolio al imperial dosel.
Tal fué tu historia ¡oh Gades! mientras al mundo viejo
bajaba de los cielos á redimir Jesús;
y en la mortal y larga, feroz y doble lucha
de los caducos dioses con la invencible Cruz,
y de las tribus bárbaras con las latinas razas,
sobre las cuales dieron cual desprendido alud,
tú sabia y previsora burlaste de la fuerza
los ímpetus primeros, y en pro del bien común
tratando y transigiendo conforme te plegabas
á hacer de la forzosa necesidad virtud,
á tus tranquilos pueblos del bárbaro evitaste,
primero el atropello, después la esclavitud.
Tú, superior en todo, tú, culta é ilustrada,
jamás envileciste de tu ámbito andaluz
la dignidad de raza, ni á yugo de extranjero
jamás te sojuzgaste: tal fuiste siempre tú.
Señora de ti misma y hermosa como Venus,
dotada como diosa de eterna juventud
y de hermosura eterna, de tus marinas brumas

envuelta entre los pliegues del impalpable tul,
en pie estás todavía; y de tu ser de diosa
con la mirada fúlgida y olímpica actitud,
del mar turquí en las ondas tus ojos cabrillean
de faros y de estrellas con rielante luz,
y el mar tras ti se arrastra, decoro regio dándote
cual cauda de tu manto de cachemir azul.

II

Así el ciclón vió Cádiz pasar de la Edad Media,
la nacional tragedia del Guadalete así,
y así los siete siglos de pertinaz batalla
contra la infiel canalla de casta marroquí.
Pasamos siete siglos en lid pecho con pecho;
al fin volvió el estrecho el árabe á pasar,
y á España entonces vino un genio peregrino
á abrir nuevo camino á España por el mar.
De su saber rióse la Europa sabia entera,
y en Dios con fe sincera se echó á la mar Colón;
y en prueba irrecusable, su genio sin segundo
volvió, de un Nuevo Mundo haciéndonos el don.
Un porvenir sin límites entonces abrió á España
la portentosa hazaña del sabio genovés:

se redondeó la tierra, más ancho y más profundo
fué el mar, y cayó el mundo de Cádiz á los pies.
¡Hija del mar y Venus! Tu ciencia, tu cultura,
tu espléndida hermosura y tu vigor vital
con brío resurgieron, volviendo á colocarte
como el primer baluarte de España antemural.
Un río por tus manos volvió á correr de oro,
volvistes el tesoro á ser del español:
y tras tu faz de diosa, que en tu cerviz enhiesta
sobre la mar á alzarse volvió, salida y puesta
sin alba y sin ocaso volvió á tener el Sol.
Después... no son anales ni crónicas serviles
los cánticos seniles de que hago aquí oblación:
después... tiempo ha que á Cádiz fuí yo, no sé ya cuándo
y estoilo recordando sin darme ya razón.
Los viejos ya no tienen *mañana* ni *esperanza;*
para nosotros, viejos, sólo hay *detrás* y *ayer;*
de Cádiz mi memoria no guarda ya ni alcanza
más que *una cosa hermosa*, un tipo de mujer.

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

III

La gaditana, de pie pequeño,
talle cenceño y ojos de luz,
es el modelo más peregrino
del más genuino tipo andaluz.
Fina cual junco se comba y cimbra,
su voz se timbra con el cristal,
su claro ingenio gracia rebosa,
su habla donosa derrama sal.
Pero sal fina, pulverizada,
la tamizada del bien hablar;
que no se agruma, ni se amontona,
la que sazona bien su manjar.
La gaditana, mujer de rumbo,
mas sin balumbo ya intencional,

sin contoneo provocativo,
por lo excesivo no natural,
pisa segura, marcha serena,
sin macarena procacidad;
la gaditana no es la gitana
que anda liviana por la ciudad:
es la burguesa bien educada,
bien ataviada, que huele á azahar;
nada en su cuerpo se contonea...
pero marea su airoso andar.
La gaditana, muy donairosa,
es primorosa y original
en un trasteo (que no es de plaza)
y en cuyo empleo no tiene igual.
La gaditana, suelta de pico,
tiene de ideas y frases rico,
variado y fácil, muy gran caudal;
pero se ayuda con su abanico,
que en sus verbosas, volubles pláticas
toma una parte muy principal.
En torno suyo, quieta ó andando,
mariposeando sin descansar
va su abanico, cuyo manejo
pide un despejo de él peculiar;
tal y tan rico de posiciones

y variaciones de ondulaciones,
con unas tintas y con un dejo
de pasión lánguida tan singular,
que es todo un arte, mas tan complejo
y tan difícil de practicar,
que es necesario que totalmente
quien se abanique, tal instrumento
identifique no solamente
con su vestuario, sino con todo
su ser y modo de ser y estar.
La gaditana, triste ó contenta,
quieta ó andando, que hable ó que escuche,
que finja ó sienta, que goce ó luche
con vïolenta pasión ó anhelo,
de su abanico hace un estuche
do cabe todo, mar, tierra y cielo:
rico depósito y almacén rico,
medio á propósito, rico instrumento
para hacer mudas declaraciones,
demostraciones y explicaciones
de las más rudas de sus pasiones
y más menudas ocupaciones,
según le emplea cuando se orea
con su paisaje; según le agita
levanta ó baja, corta ó ataja

ó precipita su movimiento,
rápido ó lento, violento ó manso,
y le pandea, le culebrea
y le ajetrea, paz ni descanso
sin darse un punto, y en tal tarea,
con tal coraje, que el varillaje
que traquetea tan sin cesar,
cruje y se arquea fuera de encaje,
y nunca para, cual mariposa
junto á su cara de revolar.

.....

Y es que garbosa la gaditana
demuestra ufana que de su pico
no necesita con su abanico,
es que alardea de que sin frases,
con sus revuelos y con sus pases,
le da las suyas y le hace hablar.

IV

Basta, Cádiz hermosa, de desvaríos:
tú podías pasarte sin versos míos,
mas no podía
pasar sin consagrártelos mi poesía.
Yo no anhelo por ellos tus dones ricos;
basta que me den aire tus abanicos:
yo me contento
para mis vuelos últimos con poco viento.

JEREZ

I

«Poeta chacharero que, setentón como eres,
zurciendo seguidillas al cementerio vas,
flambres chicoleos diciendo á las mujeres
que en Cádiz se abanican... ¿no sabes de ella más?
¿No has visto sus colegios, sus templos, sus hospicios,
su puerto, su marmórea suntuosa catedral,
su pauperismo escaso, sus múltiples oficios,
su higiene, la limpieza de calles y edificios,
cuanto hace respirable su atmósfera social?
¿Crees que vivió humillada sin importancia alguna
mientras de tantas flotas interventora fué?
¿No se batió tres veces, perdiendo su fortuna,
contra Inglaterra y Francia con indomable fe?
¿De España aquí no tuvo la libertad su cuna,
y no arriesgó cuanto era por mantenerla en pie?

¿Acaso hay por sus hechos de sus provincias una,
si parias no la rinde, que gracias no la dé?
¿Sus pueblos qué te han hecho que ni al pasar los miras?
¿No tienen una historia bien digna de mención
Jerez, Conil, Sanlúcar, Tarifa y Algeciras,
y no hubo aquí Guzmanes y Ponces de León?
Tarifa está orgullosa del suyo, que es *el Bueno:*
de Napoleón ni quiso ni se dejó tomar;
entre ella y Algeciras no abarcan gran terreno,
mas son jardines puestos á orillas de la mar.
De todos nuestros pueblos las fértiles comarcas
lo mismo son: vergeles bañados de áurea luz:
tan llenas como antaño no tienen ya sus arcas,
mas aún dan honra á Cádiz y al ámbito andaluz.
Los hombres y los pueblos decaen y se enervan,
pero nosotros damos gran culto á lo anterior,
y todos nuestros pueblos archivan y conservan
las glorias de sus padres, con que se dan valor.
Nuestros anales llenan los más ilustres nombres;
alcázares, cartujas y fábricas sin par
sagradas y civiles, asombro hoy de los hombres,
se elevan en el término del último lugar.
Desde Tarifa á Olvera, de Ubrique hasta Chipiona,
no hay ruina, ni edificio, ni de terreno pie
que al evocar recuerdos ó nombres de persona,

el de una ilustre hazaña ó un héroe no nos dé.
Pues distes á Alicante y has dado á Tarragona
(labor sutil de artístico tejido y trabazón)
con los alegres pueblos que hallastes en su zona,
alfombra, manto, anillos y nimbos y corona...
¿por qué haces de los pueblos de Cádiz omisión?
¿No temes que se ofendan y con razón te acusen
de descortés, de indocto, de desleal tal vez,
los que en juzgar tu *Cádiz* y su intención se intrusen
por dos tan grandes piflas que nos parecen diez?
Por no mentar en Cádiz al buen Doctor Thebussem
y dar al del Priorato más precio que al Jerez.
Yo de Jerez soy hijo, por mi ciudad abogo;
y en versos á los tuyos de osar con pretensión,
contra tu aprecio injusto mi bilis desahogo
de la *ciudad* y el *vino* lanzándome á campeón.
¿Qué idea es la que tienes del pueblo jerezano
y de los vinos-néctares que sus comarcas dan?
Aquél cual los más cultos es culto y cortesano,
y el vino... alza á los muertos cuando á enterrarlos van.
¿Tú del *Jerez* no sabes que el rey es de los vinos?
¿que do un tonel se tuerce del de cualquier región,
con un pichel del nuestro, por mares y caminos,
bonificado, adquiere legal circulación?
¿Tú del *Jerez* no sabes que va á San Petersburgo,

que va á Berlín y á Londres y á Copenhague va,
y á Roma y á Stokolmo y á Nueva York y á Hamburgo...
y allí á donde hay quien sepa beber, si no ha ido, irá?
Como *el Jerez*, ¿cuándo hubo celebridad famosa?
¡Dónde hay ni panacea, ni extracto, ni elixir
de más vital potencia; ni dónde, en fin, hay cosa
que más ayude al hombre sin penas á vivir?
Una ancha y honda copa de buen *Jerez* encierra
de todo mal el término y el ser da á todo bien;
cristal de la esperanza, de él á través la tierra
se ve cual peristilo de imaginario edén.
¿Por qué crees tú, caduco poeta vagabundo,
que el pueblo inglés alcanza por mar tan alta prez?
Porque es el que de todos los pueblos de este mundo
por mar recibe y bebe mejor y más *Jerez*.
Por eso aquí es bien quisto: porque es verdad que vino
á Cádiz con sus buques dos veces á saquear
y la dejó sin clavos, y hoy es nuestro vecino
y está haciéndose el sueco y el sordo en Gibraltar.
Pero es de nuestro néctar el bebedor más fino,
el comprador más firme y exacto en el pagar:
sus cuentas diplomáticas sabrá embrollar ladino,
mas no es Jerez quien éstas le tiene que ajustar.
Jerez, *licor* y *pueblo* dos cuentas trae distintas
en dos distintos libros abiertas al inglés,

con dos distintas fechas y dos diversas tintas;
tu cuenta es una, pero con *vino* y *pueblo* es.
La del inglés no puede jamás ser liquidada,
por el licor ni el pueblo, que es cuenta nacional:
la del de nuestro cuento ya es cuenta descontada:
cuando liquide España su cuenta general.
Jerez tiene hace siglos su lealtad probada
y al finiquito patrio concurrirá leal:
la tuya es de honra mutua y debe ser cobrada
por la ciudad y el vino, y es tuya y personal.
Conque los dos *Jerezes* tu viaje aquí interceptan:
Jerez, ciudad y vino, dos entidades son
que ni desdén merecen, ni tu silencio aceptan:
ó cántales, ó dales de tu desdén razón.

JEREZ *(duplex)*.»

II

Jerez, *duplex* y *anónimo;* tú todo te lo has dicho;
no puedes ya al poeta pedirle una canción;
tú mismo te la has hecho; me cuadra tu capricho;
de la mitad del débito me libra tu campeón.
Á él voy á dirigirme, pues sé que hablo contigo,
puesto que es él tu misma personificación;
él me ha increpado anónimo; pero se ve consigo
que trae del Jerez *duplex* la representación.
Su anónimo es la síntesis de lo que yo podría
decir; trae mis ideas, mi versificación,
y ya contigo en deuda no está mi poesía;
su carta de mi *Cádiz* subsana la omisión.
Él todo se lo ha dicho, ya no hay por qué me acusen
más que de haber andado tal vez de educación
un poco falto, es cierto, con el Doctor Thebussem,

modelo de hidalguía, de fe y de erudición.
Pero esa es mi disculpa: él es de Cádiz, sabe
de su provincia todo: con él en parangón
no hay quien se ponga: y sólo á mí aspirar me cabe
á que mis versos gárrulos merezcan su sanción.
Y ahora, concluyendo con esta monorrítmica
estrofa de monótono é insoportable son,
me resta, ¡oh *Jerez duplex!*, tan solamente darte
de no haberte hecho en Cádiz ni un verso la razón.

Escucha: obrero viejo, cuyo trabajo fútil
productos dar mejores no supo á su nación,
voy hoy por sus provincias por mi labor inútil,
no á mendigar disculpas, sino á pedir perdón.
Mis versos son bagaje de frágil hojarasca
que abulta y suena mucho, mas de ningún valor;
son llamarada efímera de leve chamarasca
que hacer no puede brasa, ni conservar calor.

Tendió sus viejas alas mi vieja poesía
que, con tan leve carga, fiarse sin caer

aún puede de sus plumas, y echó hacia Andalucía,
ofrenda expiatoria de su vejez baldía
de aquellos patrios lares en el altar á hacer.
Posó su vuelo en Cádiz, y un soplo de poesía
al esparcir por Cádiz, con pena echó de ver
que ni los abanicos hacer ondear podía,
pues tras sus varillajes las lágrimas veía
de las gallardas hembras de la ciudad correr.
Escudriñó el poeta con sus cansados ojos
la inmensidad del cielo, la soledad del mar,
buscando lo que á Cádiz causar podía enojos
al ir su primer paso por Cádiz él á dar:
y del pavor el frío sintió calar sus huesos
y se sintió en el pecho parado el corazón,
al ver que entre escuadrones de nubarrones gruesos
cerniéndose avanzaba fenomenal ciclón.
Ciclón social, político, terrestre y atmosférico,
que atorbellina pueblos como emborrasca el mar;
que viene con el siglo cual signo climatérico,
siniestro, misterioso, de sí razón sin dar;
de las inquietas razas de nuestra edad genérico,
que sin cesar creciendo fermenta sin cesar,
y se revuelve en tierra como dragón colérico
que sale de sus antros lo que halle á devorar;
que descuajando puentes, desarraigando encinos,

los echa con las ondas de la ancha inundación
sobre los viejos pueblos, ahogando campesinos,
pastores y rebaños en tumbos de aluvión;
y de ayes, y lamentos, y aullidos, y baladros,
plegarias y blasfemias al espantable son,
extiende y desarrolla los espantosos cuadros
de la ancha, inatajable, total devastación.

Miré á través del nublo de aquel ambiente fosco
buscando entre sus viñas y huertas á Jerez,
al cual soñado había de fiestas como un kiosco
bañado en luz, y... atónito, de kiosco tal en vez,
hallé á Jerez que en lodo, sin luz se revolvía
de tiros y amenazas al desacorde son,
entre el ciclón político, donde en nocturna orgía,
en vez del vino-néctar de su región, bebía
la hiel de la discordia de sangre en infusión.

¿Era hora de cantares? ¿Mi vieja poesía
podía con sus versos la paz llevarte á ti?
Jerez de mis ensueños, tu vino es ambrosía,
pero disuelto en sangre beberlo no podía...
yo te llevaba un brindis... y huyendo lo perdí.

Perdóname: fuí á Cádiz, mas fué con poco tino
y en hora intempestiva; fuí viejo peregrino,
de amparo, de consuelos y de perdón en pos:
más vernos tú y yo entonces no fué nuestro destino,

al irte á ver, á un tiempo cortáronme el camino
los elementos juntos echando entre los dos

mi eterno desatino,
mi don de errar, mi sino,
la tempestad del cielo,
la inundación del suelo,
la huelga en torbellino,
la humanidad en duelo...
¡un Leviatán en vuelo!
¡la cólera de Dios!

¿Á qué va á Andalucía
la vieja poesía
entre los rayos de este
ciclón universal?
¡Atrás, vieja insensata!
¡Atrás! La edad te mata;
no cantes más... entona
tu salmo funeral.

ÍNDICE

	Págs.
ADVERTENCIA DEL EDITOR	7
I.—INTRODUCCIÓN	15
II.—A VALLADOLID.—Nadie es profeta en su patria	31
Y aquí os diré en confidencia	49
Valladolid	65
El sacristán Juan del Pozo	71
III.—CIUDADES.—Ávila	89
Tarragona	107
Barcelona y Valencia	119
Valencia	133
Alicante	141
Murcia	153
Á Sevilla.—¡Buen año noventa y dos!.	175
Cádiz	191
Jerez	205

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

Casa editorial de M. Pérez Villavicencio

FUENCARRAL, 94.—MADRID

OBRAS DE LUJO EN MAGNÍFICO PAPEL, Á 3 PESETAS

El Canto errante, por RUBÉN DARÍO.
El Tributo á París, por LUIS BELLO.
Don Quijote en los Alpes, por ALBERTO INSÚA.
En Tierra de Santos. Novela, por ALBERTO INSÚA.
Aromas de leyenda, por R. DEL VALLE-INCLÁN.
Desde mi butaca, por EDUARDO ZAMACOIS.
La Sangre de Cristo. Novela, por J. LÓPEZ PINILLOS.
Deseada. Novela, por WALDO A. INSÚA.
Los Vencedores. Novela, por M. CIGES APARICIO.

La Sirena negra. Novela, por E. PARDO BAZÁN, **3,50** pesetas.
Últimos versos de D. José Zorrilla, inéditos y no coleccionados, precedidos de una advertencia del editor, **3,50** pesetas.

BIBLIOTECA ECONÓMICA SELECTA, Á 1,50 PESETAS

Alma nueva. Novelas cortas, por WALDO A. INSÚA.
Guignol. Teatro para leer, por JOSÉ FRANCÉS.
Cuentos pasionales, por ALFONSO HERNÁNDEZ-CATÁ.
Las Siestas del cañaveral, por F. GARCÍA-SANCHIZ.
Los Grandes músicos, por JOSÉ SUBIRÁ.
Romeros del dolor. Novela, por MIGUEL A. RÓDENAS.
Madrid sentimental, por EMILIANO RAMÍREZ-ANGEL.
Psicología de la moda femenina, por E. GÓMEZ CARRILLO.

Del cercado ajeno. Versiones de grandes poetas ingleses, italianos, franceses, portugueses, belgas, norteamericanos, etc., por ENRIQUE DÍEZ-CANEDO, **2** pesetas.
Gil Luna, artista, por L. RODRÍGUEZ-EMBIL, **2** pesetas.
Cómo se cría un niño, por el DR. TOLEDO Y TOLEDO.—Utilísima edición, **2** pesetas en rústica y **2,50** en tela.
Lo que yo pienso. Confidencias de una tiple del género chico, por JULIA FONS, **2** pesetas.
El Herrador, del ARETINO. Versión castellana de JOAQUÍN LÓPEZ-BARBADILLO, **4** pesetas.
Los Faldones de Mexía. Novela, por RAFAEL LEYDA, **2** pesetas.
El Madrid de los Abuelos, por PEDRO DE RÉPIDE, **2** pesetas.

EN PRENSA

Novela erótica, por ALFONSO HERNÁNDEZ-CATÁ.
Una nihilista, por ZOFJA KOWALEWSKA. Versión castellana de SOFÍA CASANOVA.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
BERKELEY

Return to desk from which borrowed.
This book is DUE on the last date stamped below.

DEC 3 1947

5 Jul'61BS

REC'D LD
JUN 26 '61

24Apr'65LM

REC'D LD
MAY 31 '65 -6 PM

INTERLIBRARY LOAN
AUG 19 1985
UNIV. OF CALIF., BERK.

MAY 31 REC'D 91

MAY 08 2001

LD 21-100m-9,'47(A5702s16)476

U.C. BERKELEY LIBRARIES

C003253270

YB 525

199309

Zorrilla